

ISSN EN TRÁMITE

# gratógrafxs

REVISTA DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO



VOL. 4, NÚM. 3 • JULIO-SEPTIEMBRE 2022

**filem**  
Feria Internacional  
del Libro Estado de México | 2022



Del **26** de agosto  
al **4** de septiembre



**TOLUCA**  
Llena de vida



**UAEM**

ADMINISTRACIÓN  
UNIVERSITARIA  
2021 - 2025



**EDOMÉX**  
DECISIONES FIRMES, RESULTADOS FUERTES.

**X**  
CENTRO DE  
CONVENCIONES EDOMÉX

Entrada libre    

Centro de Convenciones EDOMÉX  
Miguel Alemán Valdés, 175, San Pedro Totoltepec, Estado de México.

# GRAFÓGRAFXS

## TALLERES DE LITERATURA



# TODOS LOS SÁBADOS

SESIONES VIRTUALES & PRESENCIALES

INFORMES EN [GRAFOGRAFXS@UAEMEX.MX](mailto:GRAFOGRAFXS@UAEMEX.MX)

## ¿Cómo publicar en *Grafógrafxs*?

- *Grafógrafxs* es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, cuyo objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas para fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior. La periodicidad de la revista es trimestral. Esta publicación universitaria no tiene carácter lucrativo, por lo que no efectúa remuneraciones ni cobros a sus colaboradores.
- La convocatoria de la revista es permanente. Se recibirán propuestas de publicación de autores de cualquier edad y nacionalidad. Además, se solicitarán colaboraciones a los autores que determine el Comité Editorial o el director de la revista.
- Derivado de donaciones de libros por parte de casas editoriales a *Grafógrafxs*, esta publicación entrega a alumnos de la UAEM un libro a cambio de la elaboración de la reseña respectiva. Estas reseñas se publicarán en la sección “Reseñas” de la revista.
- Tanto las propuestas de publicación como las colaboraciones solicitadas deben enviarse a grafografxs@uaemex.mx en archivo de Word, con letra Arial a 12 puntos e interlínea de 1.5.
- *Grafógrafxs* efectuará una lectura de pertinencia de las propuestas de publicación. Si se determina que la obra será publicada, el equipo editorial de la revista enviará un correo electrónico al autor en un plazo no mayor de 15 días hábiles (contados a partir del acuse de recibo de la propuesta), en el que se adjuntará el instrumento jurídico correspondiente (cesión de derechos); este deberá remitirse a la revista una vez firmado.
- La revista someterá todos los textos por publicar a un proceso de edición y corrección de estilo.
- Las propuestas aceptadas se publicarán conforme al orden de llegada y la disponibilidad de espacio en el número correspondiente.
- Las propuestas de publicación, las reseñas y las colaboraciones solicitadas deben ir acompañadas de una breve ficha de identificación, en la que se especificará lo siguiente: nombre, lugar y fecha de nacimiento, estudios y, en su caso, lugar de trabajo, premios y los tres libros publicados más recientes.

### Ejemplo:

CLAUDIA L. GUTIÉRREZ PIÑA (Toluca, México, 1980). Es Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México, autora de *Las variaciones de la escritura. Una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo* (2016) y coordinadora de los libros *Salvador Elizondo: ida y vuelta. Estudios críticos* (2016) y *Mujeres mexicanas en la escritura* (2017). En 2013, obtuvo el premio a la mejor tesis de doctorado en el área de Humanidades otorgado por la Academia Mexicana de Ciencias. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 2015.

- En las reseñas se deberá incluir, además, la ficha bibliográfica del libro de referencia, la cual contendrá los siguientes datos: autor, título, ISBN, editorial, fecha de publicación y número de páginas.

### Ejemplo:

Dora Moro,  
*Geodón*,  
ISBN: 9-47-8490-607-978, México  
Ediciones Luzzeta,  
41 .2018 pp.

- La extensión máxima recomendada para las propuestas de publicación y colaboraciones solicitadas es la siguiente: 12 cuartillas en el caso de cuentos, crónicas y ensayos literarios, y dos cuartillas para reseñas. Se aceptará un máximo de cinco poemas por autor.
- Respecto a los ensayos literarios, se sugiere incluir un máximo de cinco fuentes. Las referencias bibliográficas se deben ajustar al estilo de citas Harvard tanto dentro del texto como al final de este.

### Ejemplos:

Dentro del texto:

(Gutiérrez, 2016: 69)

Al final del texto:

Gutiérrez Piña, Claudia Liliana (2016), *Las variaciones de la escritura: una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma del Estado de México.

Rosas Montalvo, Álvaro (2011), “Tres sonetos”, *La Colmena*, núm. 72, pp. 91-92.



Universidad Autónoma del Estado de México

RECTOR

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

SECRETARIA DE DOCENCIA

Yolanda Eugenia Ballesteros Senties

Doctora en Ciencias de la Educación

SECRETARIO DE RECTORÍA

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Doctor en Ciencias de la Educación

SECRETARIA DE DIFUSIÓN CULTURAL

María de las Mercedes Portilla Luja

Doctora en Humanidades

DIRECTORA GENERAL DE COMUNICACIÓN UNIVERSITARIA

Ginarely Valencia Alcántara

Licenciada en Comunicación

DIRECTOR DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

Jorge E. Robles Álvarez

Doctor en Administración

*Grafógrafxs*, volumen 4, número 3, julio-septiembre de 2022, es una publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, Tel. + 52 722 481 18 00, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, calle Leona Vicario, número 201, Barrio de Santa Clara, Toluca, Estado de México, C.P. 50090. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre que no se modifique y se cite la fuente completa.

# grafógrafxs

## EQUIPO EDITORIAL

### DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

### EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

### DISEÑO

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

### CORRECCIÓN DE ESTILO

Itzel González

Karen Hernández Salazar

### COMITÉ EDITORIAL

Carmen Álvarez Lobato

Yanko González

Reynaldo Jiménez

Josely Vianna Baptista

Mónica Nepote

León Plascencia Ñol

Alberto Chimal

Cristina Rivera Garza

Ana Porrúa

Ángel Ortuño †

Julián Herbert

### CONSEJO CONSULTIVO

Claudia Gutiérrez Piña

Maricela Guerrero

Carlos Maldonado

Efraín Velasco

Carlos Vicente Castro

Luis Eduardo García

Juana Adcock

Rodrigo Quijano

Cristian De Nápoli

César Panza

Xitlálitl Rodríguez Mendoza

# CONTENIDO

- |    |  |    |  |
|----|--|----|--|
| 5  | <i>AHORA ES QUE SON ELLAS</i> (FRAGMENTO)<br>Paulo Leminski  | 39 | CRISÁLIDA PRIMERA<br>Alma Mancilla   |
| 9  | TU PAÍS ES ESTA NOCHE ARDIENTE<br>(ENTREVISTA A JOUMANA HADDAD)<br>Sylvia Georgina Estrada                   | 49 | REVOLUCIÓN VERDE OLIVA<br>Mario Sánchez Carbajal   |
| 18 | HAY UNA CAZUELA EN EL FUEGO TODO<br>EL TIEMPO (ENTREVISTA A HAMUTAL<br>BAR-YOSEF)<br>Sylvia Georgina Estrada | 54 | ANTES DE SENTIRME ENVUELTO<br>POR LOS BORDES CORRUGADOS<br>DEL PROFUNDO CIELO OSCURO<br>DEL POLIETILENO<br>Federico Vite |
| 24 | EL MARTILLO DE PLATA<br>Valeria Tentoni  | 63 | EL CATAFALCO ESCARLATA<br>José Edmundo Hernandez   |
| 32 | INNA   | 68 | 4 POEMAS<br>Inês Lourenço  |
| 37 | LA ESCRITURA Y YO<br>Iliana Vargas   | 71 | POEMAS INÉDITOS<br>Eduardo Padilla   |
|    |  | 77 | LAS VISIONES DEL CUERVO<br>Rogelio Saunders  |

## Ilustración en portada y contraportada:

Fragmento del mural de Saul Galo *La muy ilustre Magnificarum* o Cartografía Mágica de Hermes *imprescindible para todo brujo, shamán, nigromante o aprendiz de cualquiera de las anteriores; mapa que señala los caminos, peligros, maestros, cosas, espíritus y lugares esclarecidos por Saul Galo, natural de estas tierras.*

Colección de poesía *En Marte aparece tu cabeza*

Bulgaria Mexicalli  
Gerardo Arana Villarreal

**grafógrafxs** es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, la cual aparece en enero, abril, julio y octubre. Su objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas y entender la escritura como un territorio intercambiable entre lectores y escritores. *Grafógrafxs* está dirigida a la comunidad universitaria y al público en general. Esta publicación universitaria tiene el propósito de fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior, por lo que no tiene carácter lucrativo.

## *Ahora es que son ellas\** (fragmento)

Paulo Leminski

### Capítulo 21

#### 1

Lindo comienzo para un candidato a la sabiduría, no sabía cómo lograr lo que los gallos, los antílopes y hasta los pueblos logran sin hacerse mayores historias.

Insoportable, además, que la razón de ser de mi vida fuese otra persona, persona, por cierto, que yo estaba lejos de saber dominar, ¡quién pudiera!, si, por lo menos, la influenciara.

Una persona a la que le decía:

—Vamos para allá.

Y ella respondía:

—Qué lástima.

¿Quién me mandó a escuchar los consejos de amigos, conocidos y desconocidos, que decían maravillas acerca de los métodos de Propp? ¿Quién me mandó a anotar el teléfono del

\* *Ahora es que son ellas* fue publicado por Libros de la Resistencia. Este fragmento forma parte de dicho libro.

consultorio? ¿Quién me mandó a arreglar una cita (la palabra no era consulta)? ¿Quién me mandó a tocar el timbre de 27 de Septiembre, 894?

¿Quién me mandó? ¡Socorro!

## 2

Imaginemos. Supongamos que tenés una concha entre las piernas. Una mera suposición, claro. A menos que la enfermera haya exclamado: ¡es una niña! cuando naciste, ¿te acordás?, ¡qué memoria, nena!, si no hubiese sido así, supongamos que *vos* tenés una concha entre las piernas.

¿Cómo crees que piensa la cabeza de alguien que tiene una entre las piernas? No vale decir, como mi madre, que esa fijación en mamá y Nueva York es cosa de maricón. ¿Cómo crees que piensa? ¿Como quién?, ¿cómo es realmente?, ¿habré oído bien?, ¿habré oído doscientos mil?, ¿doscientos cincuenta, doscientos sesenta? ¿Habré oído a alguien decir Norma Propp?

## 3

Propp decía que no hay profetas en las historias de encantamiento.

Sería intolerable, los esquemas rechazarían de inmediato a un personaje que apareciese contando *lo que va a suceder* más adelante. Sería negarle toda lógica a la narrativa.

Por eso en las historias de encantamiento todo profeta es crucificado apenas se manifiesta. La muerte de ese profeta

alcahuete está catalogada como la función alfa-37, después de la macrofunción “Héroe Enfrenta al Monstruo”. Recuerdo que Propp se reía mucho cuando hablaba de esa función. Se acordaba del profesor Freud, se reía, se reía, recordando que Freud había dicho que esta función era apenas la proyección del estupor infantil del niño, cuando constataba que la pija del padre era más grande que la suya. Un día, confesé:

—Profesor, ya no soporto estos ímpetus de profetizar.

—Es común en ese período. Para resistirlos pensá en el efecto que vas a causar si no anticipás ningún momento de la historia. *Tenés* que llegar hasta la función gama-42.

A través de una argumentación toda equipada de citas, Propp me había demostrado que el itinerario de mi vida ya había cumplido todos los primeros estadios de su lista de funciones de los personajes.

La salud era completar *todo* el itinerario del héroe.

Apenas sabía él que... bueno, pero hay una cosa sobre la que prefiero ni pensar.

## 4

En un solo caso Propp admitía la existencia de profetas en los cuentos de encantamiento. La función zeta-43, la del falso profeta, ese que sólo profetiza un evento para que los presentes crean que está pensando lo contrario, y así piensa lo obvio, y así hace lo totalmente distinto, si es que eso tiene algún sentido.

Propp previó que iba a necesitar otros cinco años para profundizar la noción de ese personaje. Mal profeta, se murió antes.

En sus historias, no había modo de interrumpir la lógica que conducía hasta el final invariablemente irremediable.

*Traducción de Reynaldo Jiménez*

**PAULO LEMINSKI** (Curitiba, 1944-1989). Es uno de los poetas brasileños más emblemáticos del siglo XX. Publicó *Quarenta clics*, *Polonaises*, *Caprichos e relaxos* y *Distraídos Venceremos*, entre otros. Es autor de la novela experimental *Catatau*.

## Tu país es esta noche ardiente\*

Sylvia Georgina Estrada entrevista  
a Joumana Haddad

Escritora, periodista, activista, traductora, editora. Son muchos los oficios —y las lenguas— que domina Joumana Haddad. Así lo soñó cuando era una niña que devoraba los libros de la biblioteca de su padre en su casa de Beirut, cuando escribía hasta que se le hinchaba el dedo corazón. Gracias a la literatura, la poeta libanesa encontró la voluntad para transformar sus sueños en realidad. La autora de *El retorno de Lilith* y *Yo maté a Sherezada* ha publicado gran parte de su obra en la editorial regiomontana Vaso Roto y es una visitante asidua de México, donde ha impartido la conferencia “Entre la palabra y la poesía: la resistencia”, una declaración de principios que ha movido su espíritu y obra a lo largo de toda su vida.

**Sylvia Georgina Estrada:** En el ensayo *Una mujer árabe que lee al Marqués de Sade* revelas que en tu infancia leías “para desear y anhelar y ansiar”. Me recordó algo que escribió Susan Sontag: “El acceso a la literatura me permitió escapar de los destinos imperfectos y de la mala suerte”. ¿Cuál es el papel de la literatura en tu vida?

**Joumana Haddad:** Yo crecí en una ciudad en la que había una guerra civil muy violenta y también en una familia bastante conservadora. Entonces, había cadenas alrededor de mí, cadenas de

\* Esta entrevista forma parte del libro de Sylvia Georgina Estrada *La casa abierta. Conversaciones con 30 poetas* (Universidad Autónoma de Nuevo León, 2021).

varias partes y de varios géneros. Así que encontré en la lectura y en la literatura un mundo diferente, donde yo podía tener todo lo que mi vida real no me daba en ese momento tan difícil.

Aprendí a soñar a través de la literatura, a hacer planes, a querer más de la vida y a tener la voluntad de transformar mis sueños en una realidad. Aprendí también que hay otras culturas diferentes y esto te hace mucho más tolerante y amante de la diversidad. La apertura de mi mente se la debo a la literatura.

También los libros han salvado mi salud mental porque no es fácil crecer en unas circunstancias donde tu condición como ser humano quiere ser cancelada por tu sociedad, por las costumbres, por la religión, como si existieras sólo para desaparecer y no tuvieras una meta en tu vida. Entonces, la literatura me ha realizado, me ha dado este sentido de mi importancia como ser humano.

**SGE:** ¿Qué significa la poesía en tu escritura?, muchos de tus poemas se refieren a la libertad, al cuerpo, el erotismo, a la mujer que se descubre y reinventa.

**JH:** Ahora hay dos factores de fuerza en mi vida. Tuve la fortuna de contar con la literatura como fuente inicial, pero después tuve en la vida real la posibilidad de descubrir el amor de la gente que sufre y que su fe en ti puede darte otro tipo de fuerza, que te da ganas de continuar y luchar. Para mí eso es poesía, es poesía de vida, es otra forma de vivir la poesía que escribo o de vivir la poesía como yo concibo la poesía: como una energía que puede construir y destruir. Aun cuando destruye, lo hace para construir algo mejor. Hasta ahora la literatura es esto para mí.

**SGE:** En *Yo maté a Sherezade* dices que la gente te consideraba tranquila y dulce, sin saber que en tu mente bullían muchas ideas

y sensaciones. Me recuerda al caso de Emily Dickinson, una mujer aparentemente encerrada, pero en cuya mente se estaban gestando grandes poemas.

**JH:** La gente siempre asocia el escribir poesía a dos tipos: el tipo deprimido, el poeta triste que está llorando y que utiliza la poesía para expresar su tristeza; o el tipo muy tranquilo, introvertido, que está disociado del mundo. Yo no soy ni el uno ni el otro, hay un verdadero circo en mi cabeza y no sólo cuando escribo poesía, también cuando escribo mis novelas o cualquier cosa.

Hay una infinidad de voces que hablan, que me dicen cosas, que también se enfadan conmigo, que no siempre me dicen las cosas que quiero sentir. Es una multitud la que me hace escritora. Soy una escritora por periodos, no escribo cada día, hay un periodo de gravidez y después está el periodo en el cual doy a luz al libro. Estos son los momentos más difíciles y los más agradables para mí porque estoy feliz, siento que existo.

Al inicio, cuando aprendí a escribir, pensaba que mi escritura era muy personal y me preguntaba “¿quién verá en eso algo que le importe?”. Con el tiempo aprendí una lección de vida y de literatura muy importante: el personaje es universal. Hay hombres y mujeres de todas partes del mundo que me dijeron que leían mis libros y era como si yo hablara de ellos, de sus sentimientos, emociones, experiencias. Eso también ha sido una riqueza más en este circo del cual te hablo, porque me ha dado el coraje de ser aún más loca, de dejarme ir, de no tener estos límites que a veces puedes tener cuando escribes.

**SGE:** ¿Por qué consideras que ya no hay espacio para Sherezade?, ¿será que ahora necesitamos otras contadoras de historias?

**JH:** Otro tipo de Sherezade, porque cuando yo la maté lo hice para resucitarla en una Sherezade más fuerte, que está contando sus historias por su propio placer y porque quiere contarlas, no porque necesita contarlas para tener uno de sus derechos fundamentales.

Este asesinato no tenía como objetivo cancelar la existencia de Sherezade, sino reinventarla, porque yo soy también una Sherezade, cada escritora es una Sherezade. Pero yo digo las cosas que quiero decir y cuando las quiero decir, no utilizo este poder de las palabras o esta seducción de las palabras para tener algo a cambio.

**SGE:** Sobre el poder de las palabras podríamos hablar del movimiento #MeToo, que surgió hace dos años para denunciar la violencia contra las mujeres. Hace unas semanas revivió con fuerza en México para denunciar a escritores, periodistas y artistas. ¿Consideras que hay un cambio en el mundo respecto al papel de la mujer?

**JH:** Claro, siempre ha sido así. Las palabras siempre han participado de una manera muy esencial y vital para dar forma al cambio social, porque necesitas la reflexión, el valor de decir tu enfermedad para empezar a sanarla. Antes de decirlo en voz alta, no puedes empezar a hacer nada.

Hay gente que me dice “yo vivo mi libertad, pero la vivo en secreto porque luchar en forma pública para mí es muy difícil”. Y yo contesto siempre que el cambio empieza cuando tomamos la responsabilidad de decir en voz alta que nosotros somos así, y tenemos el derecho de hacerlo. Las palabras son una parte esencial de cada cambio.

**SGE:** En los tiempos que corren hay un cierto cinismo cuando se habla del amor. Tú has manifestado que el amor es una fuente de

fuerza, también que, por medio de tus textos, ofreces trozos de tu alma y tu cuerpo al lector. ¿Cómo abordar este tipo de emociones a través de la escritura o del arte?

**JH:** El cinismo es uno de los enemigos de la humanidad. Me entristece y decepciona ver a una persona cínica, porque significa que ha abandonado la fe en la humanidad. La manera de sanar de esto es el amor. El amor es necesario en todo lo que hacemos. Puede parecer idealista o imposible, pero no lo es. Como seres humanos somos forzados a amar, pero lo olvidamos o tenemos miedo de hacerlo porque se necesita valor. Merece la pena hacerlo, aun cuando hay el riesgo de ser rechazados, porque cuando amamos lo que ganamos es una fuerza increíble, cuando tenemos esta fuerza de dar amor, de ser empáticos. Ha sido así para mí y uso esta fuerza en todo lo que hago: en mi vida privada, en mi escritura, así como en mi actividad política.

En política necesitamos más amor y menos pragmatismo e indiferencia. La idea de que la política es algo muy sucio surgió de esta falta de amor. Esta indiferencia que vemos cada vez más por el mundo es confundida por la gente con autoprotección. No puedes protegerte si quieres vivir de verdad, tienes que abrazarte a la vida, tanto a lo malo como a lo bueno. Debes tener el valor de amar y amar más y más, sobre todo cuando hay todo este odio en todos los niveles: económico, político, social. Hay demasiado odio. Si nacemos y vivimos por unos pocos años, por qué hacemos todo lo posible por arruinar nuestras vidas en lugar de gozar. Es muy fácil: no merece la pena vivir con el odio dentro.

**SGE:** Una de tus conferencias se titula “Entre la palabra y la poesía: la resistencia”. El título me hace recordar los versos del poeta argentino Juan Gelman: “con este poema no tomarás el poder”



dice / ‘con estos versos no harás la Revolución’ dice / ‘ni con miles de versos harás la Revolución’ dice / se sienta a la mesa y escribe”.

JH: El acto de escribir es una revolución, sobre todo cuando escribes con transparencia y dices todo lo que te dicen que no debes decir. Esto en sí mismo es el acto revolucionario con más potencial sobre el cual puedo pensar.

La rebelión o el cambio tiene que empezar en la cabeza antes de verlo, de quererlo de verdad, de necesitarlo, de expresarlo en voz alta, de hacerlo. Personalmente siento que tengo una responsabilidad muy grande escribiendo, sobre todo porque la gente espera de mí esta sinceridad absoluta y esta capacidad de no dar importancia al juicio de los otros. Mucho de lo que hacemos en nuestra vida está dictado por el juicio de los otros y a mí no me importa eso, sino estar convencida de lo que hago.

El cambio o la revolución de la que estamos hablando se hace paso a paso y palabra a palabra. No todas las revoluciones se hacen en cierto momento histórico, hay algunas que son así, pero tenemos que creer en las minirrevoluciones que cada uno de nosotros puede hacer en su propia vida. Hay que creer que el colectivo de estas minirrevoluciones individuales podrá, algún día, cambiar el mundo en un lugar mejor y más digno para el ser humano.

Cuando me dicen tú eres escritora o periodista o política, tienes la posibilidad de decir estas cosas, yo respondo que cada uno en su propia familia, en su propio círculo, puede hacer una revolución. Por ejemplo, diciendo “no” cuando se tiene que decirlo, para que el otro se entere de que hay algo que no tiene que decir o hacer. Creo en este potencial individual que puede transformarse en un potencial colectivo poderoso.

SGE: En uno de tus ensayos escribiste: “El conflicto es mi destino, tengo que aceptarlo”. ¿Después de diez años todavía piensas que es así?

JH: Sí, claro. En ese ensayo hablaba de la guerra, pero cuando creces en circunstancias así y tienes un carácter como el mío, esta guerra se vuelve algo interior que también te devora, te hace sufrir cada momento, pero también te da la fuerza de luchar. Estoy en guerra contra mí misma porque en mi vida todo me dice que no tengo el derecho de tener la libertad en la cual yo creo. Estoy en guerra contra mí misma porque todo en mi vida me dice que estoy viviendo una vida contraria a los valores de mi sociedad. Estoy siempre en guerra contra mí misma porque, por ejemplo, los políticos en mi país practican la hipocresía y yo nunca podría ser hipócrita. Entonces, hay siempre un esfuerzo para no abandonarme a estas presiones, claro que es muy cansado, pero también, ya que soy muy apasionada, es algo que genera los desafíos que me hacen amar a la vida.

SGE: ¿Cómo es tu trabajo de escritura, cómo sabes que un texto se va a convertir en un poema, en un ensayo o en una novela?

JH: Nunca soy yo la que elige, es el texto el que me lo dicta. Al inicio es un feto y este se parece a todos los fetos. No es que yo hubiera decidido antes “voy a escribir este tipo de texto”, el feto empieza a tener sus propias características: una cara que es suya, un movimiento, un ritmo propio. Así es como descubro que algo va a ser un poema, un ensayo o una novela, es la voz misma del texto la que me lo dice y yo tengo que obedecer. Es muy fácil, pero también complejo de explicar.

**SGE:** Uno de tus libros más leídos es *Superman es árabe*, que habla sobre el machismo y la misoginia. ¿Piensas que en contraparte podría existir una supermujer?

**JH:** Cada una de nosotras es una supermujer, sólo con existir en un mundo tan patriarcal. Y no estoy hablando exclusivamente del mundo árabe, yo viajo muchísimo y he descubierto que este macho existe aún en todas partes del mundo, incluso en lugares en los que se dice que ya está muerto y olvidado. Él espera la oportunidad de mostrarse de nuevo o hace su daño en secreto, en modos sutiles.

Para ser mujer se necesita un cierto tipo de confianza en nosotras mismas, que puede parecer a veces heroica. No estoy hablando de todas las mujeres, porque desgraciadamente hay algunas que están en complicidad con este sistema patriarcal, aunque también hay hombres que están en complicidad con el feminismo y con la dignidad de las mujeres.

Si piensas en todas las expectativas que hay en una mujer, todo lo que se espera de ella y todo lo que se le niega, ya tienes un proyecto de heroína en cada una. Pero creo en el progreso, creo que llegaremos, quizá no en mi vida, quizá no en la tuya, pero llegaremos. No quiero que nos detengamos en un punto en el que digamos “ya está, no tenemos que hacer más”, como lo han hecho a veces en Europa y ahora están viviendo un retroceso. O que digamos: “yo no puedo más, esto no va a cambiar, así es el mundo y tengo que aceptarlo”. Tenemos que creer y luchar cada una de nosotras en nuestro propio ámbito para hacer el mundo más igualitario y justo para todos.

A veces pienso en todas las luchas que hago en mi vida y cuando me preguntan “¿qué hay en común?”, pienso que lo que hay en común es la justicia. Simplemente quiero vivir y hacer que los

otros vivan en un mundo más justo y no lo veo como un imposible. En esto es en lo que trabajo.

**SGE:** Has visitado México en numerosas ocasiones, ¿qué representa este país en tu experiencia?, ¿has escrito algo inspirado en estas visitas?

**JH:** Tuve la suerte de visitar México en otras ocasiones y espero visitarlo más en el futuro. Hasta ahora me he enfocado en escribir sobre mi propia cultura y sociedad, es un tipo de compromiso que tengo. Muchas de mis motivaciones para escribir tienen que ver con atenuar un poco la furia que siento cuando veo todas las injusticias que existen. Pero no descarto hacerlo, tengo un proyecto muy interesante con un gran escritor mexicano, Alberto Ruy Sánchez, y hemos empezado a escribir un texto juntos, pero es algo que necesitará más tiempo.

**JOUMANA HADDAD** (Beirut, Líbano, 1970). Escritora, periodista y traductora. Entre sus libros se encuentran *Yo maté a Sherezade* (Editorial Debate, 2011), *Superman es árabe* (Vaso Roto Ediciones, 2014) y *Jaulas* (Vaso Roto Ediciones, 2016). Ha recibido diversos reconocimientos, como el Premio Internacional Norte Sur de la fundación italiana Pescarabruzzo, en su categoría de poesía.

**SYLVIA GEORGINA ESTRADA** (Monterrey, Nuevo León). Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la UAdeC, periodista cultural y editora. Es autora, entre otros libros, de *El libro del adiós* (Pape – Alas y Raíces Coahuila, 2017), *La casa abierta. Conversaciones con 30 poetas* (Universidad Autónoma de Nuevo León, 2021) y *Músicas* (Los libros del perro, 2021). Textos suyos han sido publicados en los periódicos *Vanguardia*, *Zócalo* y *Nuevo Día* y en las revistas *Quién*, *Life and Style México*, *Tierra Adentro*, *Caellum* y *Letras Explícitas*. Obtuvo el primer lugar del Certamen Nacional de Cuento “Relato a mi Hijo”.

## Hay una cazuela en el fuego todo el tiempo\*

Sylvia Georgina Estrada entrevista  
a Hamutal Bar-Yosef

“No hace falta explicar nada. O conoces el lugar donde duele o no lo conoces”, sentencia el poema de Hamutal Bar-Yosef (Tel Yosef, 1940) que da título a la antología que recoge en español cuatro décadas de obra poética de la escritora israelí, y que Vaso Roto publicó en 2013.

Criada en un kibutz, en la obra de Hamutal hay una fuerte voz femenina, que se traduce en versos alusivos a la maternidad, la comida, al tiempo que se pasa junto a la mesa de cocina rebanando vegetales, preparando guisos, alimentando a los niños, a la familia. Sin embargo, también encontramos en los textos de Hamutal una visión cruenta sobre el mundo, sobre la fragilidad, sobre el delicado equilibrio cotidiano sazonado con nostalgias, con la memoria del daño y el dolor. La poeta nos hace conscientes de esas áreas donde la sombra gana espacio de una manera inquietante. En *El lugar donde duele* nos topamos con una poesía honesta, cercana, que vuelve al lector partícipe de los miedos, los desafíos, las alegrías, las pérdidas y los sueños de su autora. Versos que también nos confrontan con aquello que yace aletargado en nuestra alma, y que despierta para increparnos: “¿Cuánto? ¿Un año? ¿Diez? ¿Cien? ¿Mil? / A mí me llevó treinta. / La segunda vez sólo diez. / Después comencé a vivir, / a amar, a escuchar”.

\* Esta entrevista forma parte del libro de Sylvia Georgina Estrada *La casa abierta. Conversaciones con 30 poetas* (Universidad Autónoma de Nuevo León, 2021).

**Sylvia Georgina Estrada:** La poesía hebrea tiene una larga tradición, basta con pensar en los Salmos, en El Cantar de los Cantares. Pasajes enteros de la Biblia tienen una voz lírica que ha influido en la literatura de la humanidad...

**Hamutal Bar-Yosef:** Es una larga tradición porque los primeros poetas en hebreo los encontramos en el Antiguo Testamento. El principio de la literatura hebrea es el Viejo Testamento, un libro que no sabemos quién lo escribió, o quiénes lo escribieron, pero ahí están los Salmos, los profetas y el Cantar de los Cantares, incluso hay historias enteras presentadas en forma poética, muy bien escritas, textos realmente potentes. Hay bases muy fuertes para la literatura hebrea.

La lengua hebrea produjo poesía cuando los judíos todavía no estaban en su país, cuando andaban errantes. En España, en el Medioevo, hubo una época dorada de poesía en hebreo influenciada por los musulmanes, por la poesía clásica árabe. También en Italia, durante los siglos XVI, XVII, los judíos escribieron mucha poesía, en esta época se produjeron textos que explicaban las escrituras, literatura real.

En el siglo XVIII, en Alemania, Mendelssohn, nieto de un filósofo (Moses Mendelssohn), y un gran músico, señaló que ya era momento de que la lengua hebrea viviera de nuevo, porque era como una lengua muerta. Había literatura, libros escritos en esta lengua, pero nadie la hablaba. Así que a finales del XVIII, principios del XIX, se da el inicio de la nueva literatura.

La tradición literaria hebrea ya tenía una larga historia, no en suelo israelí, pero después de la segunda guerra mundial la literatura hebrea fue producida en Israel. Están los poetas clásicos a finales del siglo XIX, que produjeron grandes obras, que conocimos en la escuela, pero después de la fundación de Israel, en

1948, muchos poetas no nacidos en Israel emigraron y siguieron escribiendo.

**SGE:** Ese es el caso de Yehuda Amijai, un poeta que es muy leído en México y que incluso tradujo textos de Octavio Paz al hebreo.

**HBY:** Yehuda Amijai fue un poeta de la escena literaria de los años cincuenta del siglo XX. Es muy conocido porque fue traducido ampliamente, porque es un escritor reciente, murió hace unos quince años, y su poesía es fácil de traducir, por lo que llegó a Estados Unidos, España, México. El lenguaje que él utiliza es muy simple.

**SGE:** En ese sentido sus poemas también son muy directos, los lectores podemos encontrar afinidades de inmediato por los temas que maneja: la maternidad, el amor, el pasado...

**HBY:** Cuando empecé a publicar poemas fui la primera mujer poeta en Israel que escribió sobre la experiencia de la maternidad. Ahora es muy frecuente porque hay más mujeres poetas, muchas son madres y vemos más textos de este tipo.

Yo comencé en los años setenta, no hace demasiado tiempo, entonces sólo yo escribía sobre ser madre, ama de casa, estar en la cocina. Muchos de mis poemas traducidos al español son sobre la mesa de la cocina, que para mí era un símbolo de estar juntos, de tener una familia, de lo que significa ser madre, de decepciones también.

Muchos de mis poemas están conectados con la comida porque nací en un kibutz, entonces la cocina era administrada por un colectivo. Cuando me convertí en una mujer casada disfrutaba mucho cocinar y alimentar a los niños, tener mi propia mesa de cocina.

La comida es una experiencia simbólica, universal. En hebreo publiqué un libro titulado *Comida*, dividido en apartados titulados

“Vegetales”, “Frutas”, “Sopas”, “Carnes”, “Pescados”, “Postres”, y en cada sección encuentras poemas conectados, en el sentido metafórico, con cada tema. No soy única en eso, el vino es un símbolo muy usado en las poesías española y hebrea, no es una innovación usar la comida como metáfora, pero creo que la usé más que otros escritores.

Escribo sobre la soledad desde el humor. Otro tema sobre el que escribí, y que me interesó durante un tiempo, fue el de hacerse viejo, eso cuando llegué a los 50 años, ahora tengo 73, así que no trato más ese tema. Pero a esa edad era toda una experiencia, por un lado, estaban los sentimientos negativos de ser viejo, y por el otro, estaba la intención de revelar gradualmente los beneficios de ser viejo, como la paz mental, ver las cosas con perspectiva, estar en paz contigo mismo. No soy una persona tranquila, así que sentirme cercana a eso es un beneficio.

**SGE:** Tiene un poema titulado *A los Lectores*. ¿Como poeta piensa en que sus versos pueden convertirse en una suerte de conversación con el lector?

**HBY:** En la antología traducida al español hay una sección titulada precisamente así, “A los lectores”. No es una casualidad, esta sección, que a veces es llamada *ars poetica*, tiene poemas acerca de la poesía, los escritores, los lectores, un tema muy tradicional. La puse al final porque no me gusta mucho ese tema, pero son las creencias, los sentimientos de ser poeta.

Cuando escribo poemas es como cocinar y alimentar. Si estoy cocinando algo, quiero compartirlo. Cuando la gente lee tus poemas te dicen que son muy lindos, que le gustaron mucho, etcétera, pero en el fondo no estás seguro si les gustaron o no. Para mí, que me estoy volviendo vieja, es más importante recibir una respuesta auténtica.

¿A qué me refiero? Para mí no son los premios, las reseñas, claro, están muy bien, pero eso no es lo que me hace sentir bien, sentir que mi vida no fue en vano. Lo que me da esa sensación es cuando alguien me telefona, o me ve en la calle, y me dice que leyó mi poema en un periódico o una revista y que lo pegó en la puerta del refrigerador, en su ventana. Eso es lo que realmente me hace muy feliz.

**SGE:** O que pongan sus versos en una superficie digital, precisamente leí uno de sus poemas en un blog: “Cuando me quedo sola...”.

**HBY:** Es un poema acerca de qué te pasa cuando esperas que venga alguien, y deseas que te elija, pero no pasa. Es un poema sobre el temor de que tus padres o tu esposo no te sean fieles, en el sentido de que te quedes demasiado tiempo sola. Es un sentimiento humorístico y trágico.

Cuando era pequeña y estaba en el kibutz, y daban las tres o las cuatro y media de la tarde, sentía que mi madre o mi padre no llegarían, que nadie iría a recogerme, que estaba sola en el mundo. Mucha gente no sabe que es un kibutz, pero sí ha tenido esa sensación, en la infancia alguien ha experimentado esa sensación. Me gusta mucho cuando alguien lee un poema y piensa “este soy yo”.

**SGE:** “El poema se ofende cuando lo traduces”, dice el primer verso de uno de sus textos, pero usted también es traductora. ¿Cómo es este trabajo de dar una voz nueva, distinta, a un poeta?

**HBY:** Algunos dicen que traducir poesía es como besar a alguien a través de un vidrio, no es algo real, porque el punto de escribir poemas es encontrar las palabras, el sentimiento, las sensaciones precisas. Hay que poner las emociones en las palabras exactas.

Ese es el talento de los poetas, que hacen que las palabras se deslicen suavemente al corazón del lector.

Hacer eso en la traducción es muy difícil, no siempre se puede tener éxito. Todo el poema se arruina en la traducción si no se traduce de manera que el lector pueda entender la emoción, la idea, que transmitió el poeta en un principio. No creo que el poema sea una cuestión de estilo, de usar las palabras de una o tal forma. Sí, es importante escribir de una forma precisa, usar las palabras en forma efectiva, pero la efectividad no tiene que ver con la maestría del estilo.

La poesía nos dice algo importante, al menos el poema debería hacerlo. Algo que espero del poeta que me gusta es que sea brillante con el estilo, pero también con lo que hay adentro del poema, las sensaciones, la capacidad de vernos reflejados ahí, en ese montón de palabras.

**HAMUTAL BAR-YOSEF** (Tel Yosef, Israel, 1940). Es licenciada en Filosofía y Literatura Hebrea y en Literatura Comparada. Ha obtenido diversos reconocimientos, como el Premio Jerusalén de Poesía (1997), el Premio WIZO para la Mujer Creativa (1999) y el Premio Presidente de Israel para poesía (2002). Es autora de nueve libros de poesía y de seis libros de investigación literaria, entre los que se encuentran *Trends of Decadence in Modern Hebrew Literature* (1997) y *Symbolism in Modern Poetry* (2000).

**SYLVIA GEORGINA ESTRADA** (Monterrey, Nuevo León). Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la UAdeC, periodista cultural y editora. Es autora, entre otros libros, de *El libro del adiós* (Pape – Alas y Raíces Coahuila, 2017), *La casa abierta. Conversaciones con 30 poetas* (Universidad Autónoma de Nuevo León, 2021) y *Músicas* (Los libros del perro, 2021). Textos suyos han sido publicados en los periódicos *Vanguardia*, *Zócalo* y *Nuevo Día* y en las revistas *Quién*, *Life and Style México*, *Tierra Adentro*, *Caellum* y *Letras Explícitas*. Obtuvo el primer lugar del Certamen Nacional de Cuento “Relato a mi Hijo”.

## El martillo de plata\*

Valeria Tentoni

Cuando soñaba con los golpes no tenía sentido insistir con mantenerse en la cama. Tenía que levantarse, fuera la hora que fuera, y salir de la posición horizontal, una mímica de la ofrenda de aquella vez. Así que abandonaba el colchón, el sueño, y se erguía. Caminaba hacia la cocina, cruzando el departamento, apenas despierta. Apoyaba su cuerpo sobre la mesada y se quedaba largos minutos observando los azulejos blancos, hasta que su mente cambiaba de dial.

Lo que Rosina sentía era como si le estuviesen martillando la nariz a golpes, cortos y firmes, desde arriba. Como si su cuerpo se fuese hundiendo, golpe a golpe, un poco en la tierra. Tac. Tac. Tac. Golpes metálicos, decididos, resueltos.

Pensaba en las pirámides. En la cantidad de hombres imposible de imaginar que habían moldeado la piedra, limado sus bordes, cincelado el lugar exacto para que el corte fuese perfecto y el encastre seguro. Imaginaba las juntas de esos bloques, desanimando a la destrucción, preparados para enfrentar los trabajos del viento y la arena. En su desprolijidad programada para retener la figura madre. Pensaba también en esos pasadizos, contruidos de adentro hacia fuera, y su asfixia. Muchos eran los pensamientos

\* Este cuento forma parte de *Furia diamante* (Pez Espiral, 2018).

con los que buscaba entretenerse, pero había pasado largo tiempo y todavía no se lograba deshacer de esa fuerza que insistía sobre su cara con golpes invisibles y la hostigaba, sobre todo, de noche.

También de día, en el aula, mientras tomaba apuntes. O cuando a sus amigas las bañaba la luz recortada de la bola de cristal y de repente no podía seguir bailando con ellas y tenía que salir a tomar aire. Durante las conversaciones con extraños, con personas que acababan de presentarle y que no la habían conocido con su nariz anterior. Cuando sonreía y sentía su cara abriéndose como una orquídea. Tac. Tac. Tac. ¿Se le notaba? ¿Alguien podía ver, desde afuera, cómo su nariz se resentía y rebotaba de dolor una y otra vez? ¿Se movía? ¿Algo en ella dejaba traslucir la sensación?

Su mamá la había acompañado —con su enorme nariz como recordatorio de la urgencia— hasta la puerta del quirófano. No le había fallado jamás. Había estado ahí en cada consulta, en cada estudio, en cada crisis de angustia antes de salir, y en cada noche, de vuelta, rugiendo de tristeza. Con cada uno de los cirujanos que la vieron antes de decidirse por el que iba a operarla. Estaba en Capital y habían tenido que viajar varias veces hasta dar con él, pasar muchas horas acurrucadas en los asientos apenas reclinables de los colectivos, contorsionistas del sueño. Rosina con los oídos clausurados por dos auriculares; a veces ni siquiera escuchaba música, pero simulaba hacerlo para que su mamá no le hiciera más preguntas.

“Lindos dientes”, la había felicitado el cirujano mientras le mamarracheaba la cara con una fibra azul que después se limpió en el baño del consultorio. A ella le había sonado a elogio burocrático. Algo como: voy a sacarte lo feo para hacerte lo hermoso, así recibís más de estos.

La suculenta nariz de su mamá también había sido lo primero a la vista al volver de la anestesia: una nube gruesa, la mancha de carne levitaba frente a ella cuando despegó los párpados. Antes

de que lograra enfocar, antes de terminar de entender dónde estaba, qué había pasado, le dijo:

—Escuché todo. Escuché todo, todo.

Pero su mamá había intentado tranquilizarla diciéndole que estaba saliendo del efecto, que tenía que quedarse quieta, serena. Que eran unos minutos difíciles, que ya sabía de qué se trataba, lo habían hablado antes. Como les habían recomendado: respirar despacio, contando ocho, diez, ocho, diez. Que todo había salido bien y la operación no había tenido inconvenientes. Que se iba a ver preciosa ahora, como siempre había querido. Que era muy valiente y estaba muy orgullosa de ella.

Cuando llegó el médico a la habitación pudo ver su mano blanca apurando el suero. De haber tenido fuerza suficiente, en ese momento, lo hubiese mordido. Lo hubiese mordido con sus bonitos dientes naturales hasta arrancarle la nariz. “Tengo sed”, fue lo único que logró decir, pero no le dieron permiso para tomar agua. No todavía. El médico autorizó a la mamá a que le mojara los labios con una gasa empapada. Nada más. Repitió que todo había salido bien, que tenía que descansar. Acarició su frente y pronunció: des-can-sar. Bajó sus párpados como se bajan los párpados de los muertos, para que los ojos no perturben a los vivos cuando siguen mirando el mundo al que ya no tienen derecho. Ella, obediente, se durmió. Lo que recuerda, después, es pedir que le acerquen un espejo.

—Hija, es que estás vendada. Y todavía no es momento.

También recuerda haber insistido. La anestesia empezaba a abandonarla, como una cebra que corre cruzando la selva, decidida a demostrar que la perfección es posible, pero también más ágil que nosotros. Todo daba vueltas y le dolía horriblemente la cabeza, la nariz, las mandíbulas. La cara, una máscara de fuego. Sus ojos supuraban lágrimas y desperdicios amarillentos que su mamá le retiraba con un pañuelito.

Cuando al fin se sacó la primera tanda de vendas lo que vio en el espejo fue, primero, una confusión de lagunas verdosas, negras y moradas. Lamparones superponiéndose, hematomas en distintos niveles. Sus párpados habían crecido, le pareció, unas tres veces su tamaño, y de sus fosas nasales salían dos algodones sanguinolentos. La deformación era completa y sentía un regusto ácido en la boca. Su cara era una montaña petrificada por el dolor, cubierta con gasas y una férula.

Al día siguiente de la operación, después de una noche insoportable, le repitió a su mamá que había escuchado todo. Rosina dijo que cuando la dejaron en el quirófano, en la camilla, con la bata ridícula esa que les ponen a los pacientes, le pidieron que respirara en una máscara. Que lo hizo, y de repente se reía muy fuerte, como nunca se había reído en la vida. Después sintió algo parecido a un desmayo, pero los sonidos empezaron a engrosarse a la vez que se difuminaban. Las voces del cirujano y sus ayudantes retumbaban en su cabeza. Recuerda que encendieron una radio: lo supo porque identificó las propagandas. Era la misma radio que escuchaba la portera del edificio. Los médicos hablaban. Poco. Después más. Rosina dijo que al principio estaba tranquila porque creyó que todavía faltaba que le diesen otra dosis de anestesia, o que parte del efecto llegase a ella. “Pero cuando sentí el corte, empezó”, dijo. “No podía ver nada, tenía los ojos cerrados y no podía moverme. Intenté hacerlo, sé que dirigí toda mi fuerza hacia mis piernas y manos para patalear, pero no podía. Quería avisarles que estaba ahí, que estaba ahí, que yo estaba ahí, pero no había manera. Escuchaba y sentía todo, pero sin dolor: no era dolor. Un filo que se clavó, el tironeo. Sentía la fuerza que me hacían, escuchaba las risas de los instrumentistas, la voz del cirujano pidiendo cosas”. Había sentido las lonjas de piel desparramadas sobre sus pómulos, las mismas que se habían cerrado antes sobre

su nariz vieja, reteniéndola como una marca de agua. Mientras tanto su cara toda era un hueso, un puente de marfil con su curva hacia la mitad, expectante. Un águila descompuesta en medio del desierto.

Y el médico comenzó a martillar.

Tac. Tac.

Tac.

Después la lijaba mientras comentaba el partido del domingo con otro, la puerta vaivén del quirófano rechinaba y entraba gente, salía gente, una mujer nueva decía pocas palabras, decía “Sí”, “Ahora”, “Listo”, y de vuelta a limar.

“Pensé que iba a reventarme la cara, la frente, que iba a equivocarse, que se le iba a zafar el martillo”. Que el cirujano podía convertirla en miguitas de huesos, pensó. Un polvo incapaz de regresar a su forma original. “¿Qué estaba haciendo ese tipo? Quería gritar y levantarme y acogotarlos a todos, a las enfermeras, al cirujano, a todos. Me pareció infinito, que no iban a terminar nunca de hacerme eso. Después sentí cómo cosían mi piel. Cómo hundían un hilo apretado y la tensión al correrlo. Cómo clavaban y sacaban la aguja y anudaban”. Rosina hablaba, pero su mamá no lo creía posible, no daba crédito a lo que decía. Era algo que no podía terminar de sacarse de la boca, como cuando alguien se come sin querer un pelo ajeno que se coló en el plato de comida.

“Estás muy nerviosa, hija, así no es el procedimiento, quedaste impresionada. Dormí otro poco, vamos”, le pedía. Y después salía al pasillo a hablar por teléfono con su marido, en desacuerdo desde el principio con el asunto, para contarle cómo iba todo, a los gritos, larga distancia. Su hija le parecía hermosa, su mujer le parecía hermosa, el universo le parecía hermoso, así de roto y sucio y destartado que otros lo veían, a él todo le parecía que andaba perfectamente bien: nada que arreglar. Simplemente seguir,

ir hacia delante. Pero no había logrado convencerlas. No quería discutir. No tenía tiempo y estaba muy cansado y el griterío y el llanto y los pataleos, todo eso lo desconcertaba. Prefería ponerse a disposición, le parecía que así iban a avanzar más rápido. Quizás, si le hubiesen dado un hermano o una hermana, pensaba a veces, Rosina no sería tan... Pero ya era, ya estaba. Así que a terminarlo, eso le decía por teléfono: “A terminar con esto y volver a casa”.

Al médico nunca llegaron a decirle nada. Les daba miedo. En verdad era algo no tan preciso como el miedo. No pudieron. Rosina dejó de hablar de lo que le pasaba porque no sabía, ella misma, si era real o si era parte de una fantasía. No podía tocar los bordes de lo que le pasaba y entonces no entendía qué hacer con eso.

Al año siguiente se mudó a esa ciudad en la que le habían rebanado el perfil, para estudiar. El día que despidió a sus papás en la terminal de ómnibus y volvió sola al departamento que le habían alquilado, lo primero que hizo fue bajar los espejos y tapar el del baño con papel y cinta adhesiva. No aguantaba ni siquiera verse. Su nariz crecía en el reflejo: se la veía igual que antes, igual a la de su mamá. Pero cuando iba a tocarse para constatar la visión, descubría el holograma que le había preparado su mente.

La sensación volvía a castigarla en el subterráneo, haciendo la fila para comprar las fotocopias. Tac. Tac. Tac. Mientras conversaba con sus compañeros su cara se partía al medio, un cierre de sangre y lava la dividía en dos: se le veía el hueso, la grasa, la basura irregular de adentro. Rosina sabía que lo mejor en esos casos era insistir en hablar. Si se detenía, perdía. La volteaba. Ella era un paredón y lo que le pasaba una ola fortísima, capaz de vencerlo. Participaba del mundo en un estado de inminencia, siempre alerta.

Mientras se estaba duchando, los ojos cerrados, el agua caía sobre su herida abierta, lavándole el revés de la piel. Cuando



estaba en su casa y no tenía con quien esquivar el miedo prendía el televisor, ponía música fuerte, le competía a la cabeza. Nunca hacía una sola cosa, para evitar que se le viniera la ola. De noche se despertaba con sacudones, el cuerpo le hacía lo que hacen los cuerpos cuando alguien les grita, de repente, en medio del silencio. En esa electricidad no podía respirar bien y abría las ventanas, sacaba la cara al pulmón del edificio. Identificaba las luces de los departamentos. Siempre había alguien despierto y eso la tranquilizaba un poco, aunque se tratase de desconocidos, gente con la que no había hablado nunca.

Una tarde el encargado le tocó el timbre. Había que revisar la cocina porque la cañería estaba descompuesta. Tenían humedad en el piso de arriba y en el de abajo, y la lógica y los planos indicaban que también detrás de su heladera.

Entraron dos hombres, la saludaron. El encargado preguntó si ella prefería que se quedara ahí, acompañándola, mientras trabajaban. Rosina dijo que no, que estaba bien así. Desenchufaron la heladera, la corrieron y apareció la mancha de moho. Tímidas aureolas y pintitas negras se distinguían, ahora, en la pared. ¿Desde cuándo estaban ahí? ¿Cuál había sido, de todas esas pecas de moho, la primera que había aparecido?

“Hay que romper”, dijo el más alto.

A ella le daba igual y dijo: “Me da igual”.

Intentó avanzar con el resumen que estaba preparando, a metros de la cocina. Era un departamento pequeño, dos ambientes, así que nada estaba muy lejos de nada y en el aturdimiento general terminó por desistir.

Los tipos rompieron, como habían prometido. Pero tenían que seguir rompiendo más tarde. “Por hoy estamos”, le hicieron saber.

Afuera había oscurecido, y a Rosina le parecía increíble que de un momento a otro se hubiese terminado el día. Le pidieron

permiso para dejar las cajas con herramientas hasta la jornada siguiente: iban a volver a las ocho y también le preguntaron si iba a poder abrirles tan temprano.

Cenó un yogurt con cereales. En el televisor se apretujaban los colores, saturados, y se quedó dormida mirando una serie. Cuando la despertó la sensación, como tantas veces la despertaba, ya estaba decidida.

Tac. Tac.

Tac.

Se irguió y se sentó en la cama en la misma posición que le habían indicado durante el posoperatorio. Reclinada, para evitar la hinchazón, para que la sangre buscara un rumbo seguro y no se encajara donde no debía. En lugar de la serie ahora un presentador decía alguna cosa en inglés y los subtítulos, le pareció, avanzaban más rápido que él.

Bajó de la cama y llegó hasta el baño. Arrancó el papel de diario por el medio, se miró de frente. Fue hacia la cocina. Abrió la caja de herramientas que los plomeros habían dejado. No tardó en encontrar el martillo, junto al cincel. Lo limpió con detergente hasta que brilló. Después limpió sus manos.

El agua salía tibia, bautismal.

VALERIA TENTONI (Bahía Blanca, Argentina, 1985). Es abogada por la Universidad de Buenos Aires y especialista en Periodismo Cultural por la Universidad Nacional de La Plata. Publicó los libros de poesía *Batalla sonora*, *Ajuar*, *Antitierra*, *Hologramas* y *Piedras preciosas*. Es autora de los libros de relatos *El sistema del silencio* y *Furia diamante* y del libro infantil *Viaje al fondo del río*. Textos suyos aparecen en antologías como *Transfronterizas. 38 poetas latinoamericanas*, *Penúltimos. 33 poetas de Argentina (1965-1985)* y *Nuevas narradoras argentinas*.

# Inna\*

Iliana Vargas

*Dios miró desde su sillón la tierra de los hombres  
y extendió toda su furia sobre el fuego y llevó el  
fuego a la ciudad y cada una de las cosas que  
conocieron sus habitantes ardió, como ardieron  
sus cuerpos.*

DANIELA TARAZONA

## I

Crejó que la señal había llegado por fin, a través de una lejana resonancia de campana, aunque luego descubrió que no era una campana, sino el gorjeo de los chanates al traspasar capas y capas de aire nocturno. La vibración quedó rota de pronto por un sonido más fuerte. Concentró su atención en él, mirando a través del gran ojo de vidrio grueso y ambarino que la había comunicado con el exterior durante los últimos nueve años de hibernación. Sabía que ese sonido no era natural; no había nada del agua ni del viento en él. Había carne; aliento; saliva regurgitando en, lo que ahora reconocía, era un grito. Y sólo podía provenir de “ellos”. Nunca los había visto, pero los oía ir y venir, y asumía que estaban encargados de mantenerla ahí dentro.

\* Este cuento forma parte de *Yo no voy a salvarte* (Eolas Ediciones, 2021).

Inna avivó el fogón con el que mantenía la calidez de su habitación cavernaria y abrió el frasco azul que le entregaron cuando la encerraron ahí. La indicación había sido clara: “Reconocerás las señales y regresarás la carne a su morada”.

No le quedaba muy claro que eso, cuya forma era irreconocible y que se removía dentro del frasco, tuviera tanta importancia como para atravesar los cables que pendían de extremo a extremo de las galerías de montaña erosionada bajo las que se encontraba. El flujo mental que la mantenía despierta era recurrente: Encontrarse => Hacía tanto que no pensaba en la posibilidad de ser encontrada <= Visualizarse a sí misma desde algún agujero allá arriba, recostada entre heno y arena verde que brillaba durante las noches a causa de la luminiscencia natural: la manera en que se acomodaba abrazándose las rodillas la hacía parecer un zorro acurrucado sobre sí mismo a la espera de la noche para salir a cazar.

## II

Ya se había acostumbrado a vivir encerrada, sola, a lado del fogón inextinguible, al fondo de esa caverna que guardaba tantos sonidos y tantas imágenes, como todo lo que aparecía ante sí cuando cerraba los ojos, aunque no durmiera. A veces no sabía si soñaba o no, y no le importaba. Lo único que quería era que nunca se acabaran esas visiones, porque nunca le revelaban ni personas ni lugares conocidos y así no sentía nostalgia por todo lo que había dejado allá arriba, entre el fuego y la podredumbre.

Inna se dio cuenta de que el animalillo dentro del frasco azul se había quedado quieto, mirándola con tanta atención, que se preguntó si acaso podía leer sus pensamientos. Como si así fuera, decidió concentrarse en algo que le había dado vueltas en la

cabeza desde hacía tiempo: le gustaría saber por qué la sacaron de entre las flamas y la arrojaron junto con ese bicho a esta caverna convertida en su hogar desde hace nueve años. No sabe si agradecerlo o lamentarlo; no sabe qué encontrará allá afuera; no sabe si quiere regresar.

No recuerda a la gente, pero sí los olores acompañados del humo densísimo por las tardes, la picazón en nariz y garganta, y las náuseas. La pestilencia se filtraba por los surcos de las ventanas y las puertas: era como quedar prisionero en casa o en cualquier rincón de la ciudad y acaso del país. Inna no se enteraba mucho sobre lo que sucedía en otras partes del mundo, pero ahí en donde ella vivía, al fin se había desatado una crisis de congestión en el sistema de aguas negras, de recolección de basura y de fosas en los cementerios a causa del incremento desmedido de habitantes y de la pobreza en que sobrevivían. El canibalismo se había tornado una práctica habitual a pesar de las consecuencias terribles y dolorosas: quien se alimentaba con la carne de su propia especie experimentaba ataques de euforia durante 12 horas, sin notar que su propio cuerpo se iba inflamando poco a poco. Justo después de ese lapso, las partes inflamadas iban reventando, y la euforia era sustituida por un sufrimiento lúcido e inigualable que sólo se detenía con la muerte. Así, el número de cadáveres aumentaba cada día, ya fuera por inanición, por ingesta caníbal, por beber agua de la llave o por “estar en el lugar y el momento equivocados”, pues la desesperación, la demencia, las guerrillas entre los pequeños grupos de poder y la violencia estaban fuera de control y cualquiera podía ser víctima de un asesinato sin sentido, a sangre fría, o ser secuestrado hacia un lugar en el que se le torturaría con una crueldad inusitada. Ya nadie entendía nada. Ya nadie esperaba que alguien lo salvara. Ya no había lugar para más muertos. Y entonces empezaron los incendios. Al principio eran

piras de basura y desechos que rebosaban los canales de aguas negras; después se les sumaron torres de cadáveres, y llegó el momento en el que se desató una especie de pandemia piromaníaca: el fuego se convirtió en lo único puro y hermoso que valía la pena observar durante horas. Inna ni siquiera había intentado salir de su habitación cuando sintió el calor y las paredes comenzaron a crujir. Estaba deshidratada y a punto de desfallecer de hambre y asfixia. Lo último que sintió fue una mano gigante que la tomó de los cabellos para sacarla de ahí y arrojarla a este hogar de piedra donde sólo hay un fogón, montones de hebras de heno, raíces, granos y un frasco azul con un bicho dentro que hay que devolver a algún lugar allá afuera.

### III

Volvió a escuchar la señal. Ni campana ni chanates ni gritos de la multitud que se acercaba atravesando las montañas. Era un canto que se filtraba entre los poros de las paredes de piedra:

Rasgaron el cielo, y a él han de regresar / las bípedas fieras /  
cuando se empiecen a devorar. /

Rasgaron el cielo, y a él han de regresar / cien restos secretos /  
que un nuevo planeta irán a poblar.

Inna escuchaba con atención las voces agudísimas que repetían las estrofas, cada vez más fuerte y más cerca hasta que se convirtieron en un estruendo que demolió su guarida entera. Sintió que la luz le hacía hervir los ojos incluso con los párpados cerrados, pero la intensidad fue disminuyendo y pudo abrirlos de nuevo para descubrir que no era la luz del día, sino el aura de una mano enorme —acaso la misma que la había rescatado del incendio— en cuya palma había una boca plateada de la que salieron,

arrastrándose hacia el piso y encarnadas en seres de naturaleza desconocida, las palabras que sabía de memoria: “Reconocerás las señales y regresarás la carne a su morada”. En cuanto terminó de leerlas, la boca en la mano se abrió hasta alcanzar el tamaño adecuado para tragar el cuerpo entero de Inna; ese cuerpo que, dentro de la boca, empezaba a tomar su forma primigenia, igual a la del bicho dentro del frasco que había guardado tanto tiempo y que ahora efervescía con su nueva piel de plata sideral.

**ILIANA VARGAS** (Ciudad de México, 1978). Es egresada de la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas de la UNAM. Forma parte del Seminario de Literatura Fantástica Hispanoamericana en la misma institución. Es autora de los libros de cuento *Magnetofónica* (Ediciones y Punto, 2015), *Habitantes del aire caníbal* (Editorial Resistencia, 2017) y *Yo no voy a salvarte* (Eolas Ediciones, Las Puertas de lo Posible, 2021). Su obra se incluye en diversas antologías y publicaciones nacionales y extranjeras. Algunos de sus cuentos han sido traducidos al inglés.

## La escritura y yo

Iliana Vargas

No recuerdo exactamente el momento en que decidí dedicarme a escribir, pero sí sé que en varios instantes a lo largo de mi vida, desde que era niña hasta que estudiaba en la universidad, después de leer algo que me impresionaba o que me hacía reír o simplemente me abstraía del mundo lo suficiente como para sentir que podía encarnar seres ajenos a los que me rodeaban, deseaba tener la capacidad de provocar algo así en alguien más.

El paso del tiempo, los estudios, las lecturas, los talleres y la compañía de la gente que he conocido durante los últimos veinte años me han ayudado a entender que es posible cumplir ese deseo a través del trabajo constante que implica un ir y venir entre prueba y error, junto con confianza para liberar la voz y humildad para identificar aquello que debo reescribir una y otra vez.

Creo que fue de gran ayuda haber elegido la carrera de Letras Hispánicas para comprender mejor el funcionamiento y los misterios del lenguaje, y encontrar en la lectura una herramienta gozosa e indispensable para dialogar con una infinita gama de visiones en torno a los temas que me interesan, tanto en la literatura como en otras manifestaciones artísticas.

Si bien la escritura es el lenguaje que elegí para contar mi versión de lo fantástico y la ciencia ficción, considero indispensable

retroalimentar el proceso creativo con otros lenguajes cuyas narrativas se interconecten con mi imaginario personal o detonen personajes y atmósferas que enriquezcan mis historias.

Contrario a lo que he escuchado varias veces en diversos ámbitos, para mí la escritura no se hace en solitario ni en absoluto silencio, sino en medio de una marabunta de conexiones sinápticas semejante a un torbellino de ruido blanco donde converge la búsqueda de lo inquietante, lo extraño, lo inexplicable, lo bello y misterioso de lo desconocido que aún podemos experimentar transfigurando la realidad que nos nutre y nos desborda cada día.

Pensando en todo esto, yo diría que escribo para no adormecerme en el confort de una vida práctica y funcional regida por un horario y una serie de tareas por desempeñar para demostrar mi productividad cotidiana; y escribo variaciones de lo fantástico y la ciencia ficción porque no me interesa una sola versión de la realidad tal y como la conocemos, sino la exploración de sus posibilidades, aunque resulten perturbadoras, terribles o terroríficas y difíciles de comprender. >Difícil<. ¿Por qué le tememos a lo difícil, al riesgo, a ponernos a prueba para saber hasta dónde podemos llegar en nuestro esfuerzo cotidiano por no ser un zombi, un robot o una copia idéntica de alguien más? ¿Por qué seguirle el juego al sistema que dicta lo que debe ser y cómo debe ser? Yo no puedo. Observo con mucha atención la realidad, enfocándome en lo que no entiendo o me molesta de ella, y la convierto en un espacio donde la imaginación subvierte lo aparentemente estático, rígido e inamovible. Me gustaría que lo que escribo sirviera para sacudir esas estructuras, pero no sé si un día lo lograré.

## Crisálida primera

Alma Mancilla

Nació por la tarde, a una hora en que a mi cuarto en el segundo piso entraba en ráfagas el penetrante olor a rosas que provenía del jardín. Quedaba abajo, en línea casi recta: yo lo había visto la víspera en la parte trasera del hospital mientras bordeábamos el edificio de camino a registrarnos en la recepción. Entonces iba gorda, adolorida, con contracciones intermitentes, así que sólo ahora que estaba libre de lastre las podía oler mejor. El aroma me alcanzó por la ventana entreabierta casi al mismo tiempo que una enorme avispa se posaba en el antepecho. Justo en ese instante mi marido, que acababa de entrar por la puerta enfundado en una horrenda bata azul, la cerró de golpe so pretexto de que era peligroso y de que con esa corriente la bebé se podía enfriar.

Enseguida me entristeció su descortesía, su poca consideración. Y la idea de estar encerrada entre esos muros no me parecía lo mejor para empezar a recuperarme. Los pasillos del hospital olían mal, a cloroformo, a mierda y a enfermo, a sábanas amarillentas y a cánceres que ya no tenían curación. Lo mío no era enfermedad, pero desde el principio intuí que algo no iba bien. Lo sentí durante todos esos meses de creciente languidez, mientras cargaba en el vientre con aquello que ahí crecía. No obstante, sólo lo entendí a cabalidad entonces, cuando las enfermeras al fin la trajeron hasta mí: estaba envuelta en una manta suavcita, de un rosa muy pálido, y aunque no la tomé entre mis brazos el distante

temblor de sus movimientos me provocó una extraña inquietud. También me pareció que el brillo sobre su piel era excesivo, y que sus ojos estaban demasiado alertas para una criatura de esa edad. Es verdad que yo estaba cansada: quince horas de labor desbaratan a cualquiera, y tal vez no estaba en las mejores condiciones para opinar ni para pensar con claridad.

La dejaron allí sin preguntarme, no a mi lado sino al fondo del cuarto, dentro de un habitáculo que, me dijeron, le proporcionaría la luz y el calor que le hacían falta para sobrevivir. Costaba pensarlo, pero era cierto: aquel ser estaba incompleto, había llegado a destiempo, tal vez empujado por mi constante actividad, mi andar siempre de arriba abajo, esa especie de impaciencia que me había ocasionado más de un roce con el que era mi marido y que ahora, a la luz de los eventos, pasaba a ser el nuevo papá. También se me había ya ocurrido, en más de una ocasión, que el bulto que tenía yo dentro era un géiser en potencia, un diminuto veneno, un ser arisco que tenía demasiada prisa por salir. La cajita luminosa que la contenía me daba más bien la impresión de una pecera, y eso que descansaba dentro y era mi hija parecía una semilla que no terminaba de germinar. Cuando al fin tuve fuerzas para levantarme y asomarme confirmé mis sospechas:

—Esta no es mi hija, aquí debe haber un error —musité con voz tan trémula que parecía un lamento, un reclamo que nadie atendió.

Me volví a meter a la cama con el cuerpo descompuesto y los ojos arrasados en llanto, presa tal vez del inicio de una fiebre puerperal. Que médicos y enfermeras me ignoraran me ofendía, pero en cierta forma eso aquí era normal: tantas cosas podían atribuírsele al cansancio, a las alteraciones hormonales, a la habitual pesadumbre que llega con el fin del estado de gravidez. Mi difunta madre contaba que a ella el primer embarazo la dejó

tumbada, literalmente postrada en cama por meses, presa de una insidiosa infección en esas partes de su anatomía que ella nunca osó nombrar. Temí que me ocurriera lo mismo, y pensé que debía considerarme afortunada de que en estos tiempos la atención hubiera mejorado tanto.

Sólo la debacle del cuerpo seguía siendo la misma: de mi vulva abierta y tumefacta se escapaba una sustancia sanguinolenta que controlaba con apósitos, y los senos me pesaban, prestos a estallar. No volví a sentir el aroma a rosas por más que lo busqué, como si de tajo alguien hubiera arrasado por completo con aquel magnífico jardín. Me imaginé el parterre de rosas pisoteadas, la vida que crecía allá afuera arrancada de pronto de raíz. Sentí que el mundo se había transformado de golpe, y no precisamente para bien. De vuelta en casa, días más tarde, mis temores se intensificaron a la par que crecía en mí una extraña desazón: desde el moisés que habíamos preparado con empeño y oculta entre las mantas bordadas en punto de cruz la criatura me miraba con recelo. Sus ojos acechantes tenían las pestañas rizadas, largas, casi antenas o pedúnculos, y sus manitas enfundadas en mitones iban y venían por el contorno del moisés en audaz exploración. De su garganta salían de cuando en cuando unos gorjeos de pajarito que me ponían la carne de gallina. A ratos, más bien me parecían zumbidos de avispa o gorgoteos de sapos. Me acordé de un extraño pez que vivía en las inmediaciones del pueblo de mi madre, una especie emparentada, supongo, con los monstruos de la profundidad abisal. Yo solamente lo vi una vez, pero su imagen me persiguió por mucho tiempo en pesadillas: era oscuro, áspero, y su apariencia viscosa lo hacía parecer diferente, algo limítrofe, no un pez sino un reptil, una roca, algo a medio terminar.

—Agárrala, Sofi, no te va a morder, no pongas esa cara. Ya es tiempo de que ustedes dos empiecen a establecer lazos.

Mi suegra me animaba, era lo natural. Había llegado dos días antes desde la ciudad en la que vivía, y se quedaría con nosotros sólo lo necesario para ayudarme en lo que mi marido llamaba la transición. Yo la miraba con desazón, pensando que nos aprestábamos a cruzar un puente que no nos sostendría. Tomar a la criatura entre mis brazos me daba un pavor que me dejaba helada, y fue sólo a regañadientes que al final me atreví: cargarla era como tener entre los dedos una nube de avispas, un bote de ácido o de algún material inflamable y presto a explotar. Los movimientos espasmódicos de la criatura me inquietaban, ese agitarse a la manera de todo lo que no se puede poner en pie y que, impedido de andar por sí mismo, debe arrastrarse y depender de otros para su movilidad. Era como tener entre las manos una bomba o un corazón palpitante.

Por las tardes, sentada y con los ojos bien cerrados en el sillón reclinable de la sala, la escuchaba sorber en traguitos los líquidos que mi cuerpo le proporcionaba para sobrevivir. No que yo tuviera ganas de alimentarla, pero sabía que era mi deber. A la criatura era preciso entregarle todo: el alma, el cuerpo, el tiempo, la vida que a ratos se me escapaba a mí. Porque seguía necesitando sol y calor, por las mañanas la poníamos en el pasillo, cerca de donde entraba mejor la luz: su rostro relumbraba de amarillos, toda ella, una vara famélica a la que aún le faltaba florecer. Parecía una plantita moribunda aquejada de ictericia, y por un instante me estremecí ante su evidente fragilidad. Acerqué mi dedo para acariciarla. La criatura abrió los ojos y lo que vi en ellos me asustó.

—De milagro no te la retuvieron en la clínica —me interrumpió mi suegra, quien, como de costumbre, no podía o no quería evitar que su comentario sonara a reproche—. Si hubieras tomado las vitaminas como es debido, Sofía, esto no habría ocurrido. En

mis tiempos todo era distinto, una obedecía, hacía lo suyo, no se permitía tanta dejadez.

Todo lo que pasaba en torno mío me tenía pasmada, aturrida, mi cabeza era un laberinto donde se paseaban mil preguntas que nadie podía responder. ¿De verdad habría yo podido evitar la debacle? ¿Es que una píldora habría cambiado lo que ahora tenía frente a mí? ¿Había yo fallado en algo? Me costaba creer, mientras tendía en la minúscula terraza los lienzos sucios que se multiplicaban sin cesar, que eso que ahora dormía en la cuna me hubiera venido de aquí dentro, que la criatura cargara en la extraña disposición de sus formas y en los genes que la conformaban una esencia que en el fondo me pertenecía a mí. Y no sólo era lo que yo sentía que a la criatura le faltaba: había un elemento definitivamente no humano en aquel ser, una disposición que me recordaba a una babosa o a una larva de mosca.

Me era imposible, esa es la verdad, no sentir repulsión a la vista de aquel pus que le salía del cuerpo amoratado, de sus ojitos oscuros como canicas, de su extraño olor como a azúcar concentrada. Una mañana en que entre mi suegra y yo la bañábamos le vi, al destaparla, las protuberancias que le habían empezado a brotar en el cuerpo: eran dos, justo a los lados de la columna, y otra más al frente, en medio del esternón. Al palparlas con la mano enjabonada pegué un grito que a las tres nos hizo brincar del susto.

—Aquí, aquí —le señalé a mi suegra, apuntando con el dedo hacia la anomalía en el cuerpo de la criatura que, como en venganza, se retorció entre sus manos con algo parecido al furor.

Mi suegra me miraba con reprobación, como si yo estuviera loca.

—Aquí —insistí, al tiempo que me levantaba y, por instinto, iba a colocarme un poco más lejos, hacia la puerta, aumentando así la distancia entre ellas y yo.

Cuando mi suegra se lo contó, el papá lo negó con rotundidad: —Desvarías, Sofi, lo que necesita la bebé es comer más. Lo que pasa es que está tan flaquita, si tan sólo te empeñaras un poquito, si sólo hicieras tu deber.

En eso se equivocaba este hombre: no era culpa mía ese rechazo; en estos últimos días la leche se me había amargado y el manantial del que manaba se secaba sin remedio. Tal vez por eso cada vez que yo me la llevaba al seno la criatura volteaba la carita, se alejaba, como haciéndome ascos o negándose a reconocer el parentesco que existía entre las dos. Parentesco había, eso ni que negarlo: lo notaba en el tono ambarino de sus ojos, en la forma de los huesos superciliares, en la sutil redondez del mentón. Y aun así, ¿cómo negar el resto? ¿Cómo era que los otros no veían lo que yo?

Las relaciones entre el padre y yo se agriaron, era inevitable, como si aquella presencia hubiera traído consigo el fin de las actitudes familiares, la cerrazón de las palabras, la inevitabilidad del desastre de nuestra precaria relación. Nos habíamos casado un poco de prisa, eso era cierto, llevados por el impulso y por un enamoramiento tan intenso que había opacado a la razón. Ahora él apenas me tocaba, como si mi cuerpo deforme le repugnara. A ratos, yo sentía que me evitaba. Comía sentado a solas, rumiando no sé qué en la cocina mientras yo me debatía dentro con las viscosidades que emanaban del insecto. Así lo consideraba a veces: un insecto, por más que a ratos me enternecieran sus gestos, por más que, sin quererlo, a veces le encontrara bellas musicalidades al zumbido que emitía, ese eco que se elevaba desde la cuna y llenaba el cuarto de una atmósfera onírica que hacía que pareciera que estábamos en otra dimensión. Era como estar en el espacio distante o debajo de litros y litros de agua, en una cápsula o burbuja donde sólo yo podía escuchar lo que con su canción nos quería

decir. El padre dormía, no se enteraba, roncaba y rugía, ignorante de que allí afuera, en la cuna, a unos metros de distancia tuviera lugar un proceso que era a la vez un milagro y una aberración.

Pese al cansancio, yo tenía prisa por volver al trabajo y recuperar así al menos un poco de lo que un día fui. Pero el cuidado de la criatura lo volvía imposible. A todas horas le hacía falta algo. De nada sirvió tampoco mi intento por encontrar el tiempo para hacer alguna actividad que no tuviera que ver con ella, con sus necesidades siempre urgentes y cambiantes, con el apremio que de todo su ser parecía emanar. Por la noche, al volver del exterior, el padre intentaba hacer su parte y le leía cuentos a la criatura, historias sacadas de un viejo libro de pasta gruesa que yo conservaba de mi propia infancia, y entre cuyas páginas se hablaba de hadas, de brujas, de duendes, de un pollito al que le faltaba la mitad. A veces yo, exhausta como estaba, me sentaba en una silla al final del pasillo y desde allí escuchaba, maravillada y aturdida, aquel relatar de aventuras que de niña me habían parecido fantásticas, pero ahora, de adulta y en la posición en la que me encontraba, sólo me sonaban perversas: me imaginaba hadas que no respetaban su entorno, duendes que devoraban niños, veía al medio pollito recorriendo los techos de las casas y el filo de las cornisas, paseándose por el mundo con sus órganos expuestos, medio terror convertido en carne y en desolación. A ella, en cambio, le daba risa lo que oía, y parecía que ya palmeaba las manitas y, si me asomaba, podía incluso ver, a la distancia, que enseñaba dos dientes largos y afilados, oscuros como de pedernal. No podía evitar entonces decirme que era una suerte que me hubiera rechazado tan pronto, que no hubiera yo terminado siendo carne molida entre sus fauces de predador.

Mi suegra dormitaba en la salita, cansada tal vez de aquel ritmo que ya no convenía a su edad. Se fue al fin, un mes más



tarde, no sin antes advertirme que el camino que seguía para mí era arduo y oscuro, pero que, como todo, traería un día su dosis de satisfacción. Si lo sabría ella, que como esta criatura ya había criado seis. ¿En verdad pasaba eso?, me pregunté al despedirla. ¿Era este un destino repetido y repetible, la regla y no la excepción? ¿Es que veníamos al mundo para que esto se reprodujera?

Poco tiempo y energía había para pensar en esos menesteres de todas formas: el padre y yo estábamos solos al fin y nos teníamos que organizar en lo inmediato, en las cosas que importaban. Decir “solos,” por supuesto, era un eufemismo: era más bien que ahora conformábamos ese retrato ideal del amor tripartita, la fórmula terrible en la que a mí me costaba encajar. Intentamos encontrar un acomodo, hacernos una rutina. Por las mañanas, cuando él se marchaba, la peor parte me tocaba a mí: durante horas me quedaba a solas en la casa a oscuras, en una estancia mal iluminada, antes fresca y bien aireada, pero a la que la presencia de la recién llegada había tornado tibia como el interior de una boca o de una matriz. Pensé que la criatura querría replicar allí afuera las condiciones del adentro, reproducir en los muros las viscosidades pastosas de mi interior de mujer. Que de la puerta para afuera el mundo ya no me pertenecía.

Por las tardes, él tomaba el relevo y eso me daba un respiro, aunque nunca el suficiente para que me alcanzara a recomponer. Era como si con la llegada de la criatura a mí se me hubiera descoyuntado el alma: igual que a los enfermos o moribundos en esas tribus antiguas o tradicionales, algo en mí se había escapado lejos, allá donde yo no lo podía recuperar. A ratos sentía que lloraba lágrimas de sangre o de leche, que mis miembros cobraban una consistencia vegetal. Luego, una de esas mañanas en que estaba a solas con ella, la criatura se quedó de pronto quieta, como a la expectativa, a la escucha de lo que ocurría alrededor. Me acerqué

y vi que debajo de lo que parecía su piel algo se movía. Entendí que esto apenas comenzaba, que algo iba a suceder.

Él me dio un ultimátum cuando intenté explicarle lo que sentía, lo que pensaba que estaba ocurriendo. Como ya era costumbre desde hacía meses, lo único que conseguí fue hacer que estallara la discusión entre nosotros:

—No sabes lo que estás diciendo, Sofi —me reclamó—. ¿A qué clase de mujer se le ocurren esas cosas? Me parece que es en ti que algo no va.

En su cuna, la cosa zumbaba y se retorció, pero el padre fue implacable: se levantó, indignado, y ante mis ojos se puso a guardar unas cuantas prendas de ropa en una valija, su cepillo de dientes, la rasuradora eléctrica que le regalé.

—¡Claro, claro, vete! ¡Deja que la que se haga cargo sea yo!

En el fondo, esa voz desesperada provenía del profundo pozo de mi miedo, desde un interior en ruinas que con aquella partida se vendría abajo, de la intuición de que lo que se avecinaba sería irrevocable, quizá el verdadero principio del fin.

—¡Mira, mira! —le dije en un último esfuerzo por hacer que él al fin me oyera, señalando con insistencia hacia la cuna, que no paraba de crujir y de temblar—. ¡Es un monstruo! ¡Un monstruo! ¿Cómo es que no lo ves?

Él ni siquiera miró. Salió de la casa dando un portazo, y no tardé en escuchar sus pasos que se perdían en la bocacalle, pam, pam, pam, hasta que el silencio se instaló. Me quedé allí, en la casa en desorden y hecha un mar de llanto, no supe si por esto que era mi hija, por lo que de mí quedaba o por lo que mi corazón sentía venir.

—La parí, la parí, ya no hay remedio —creí escucharme susurrar.

En las cavernas de mi cabeza las hadas se reían, los enanos bailoteaban, el medio pollito nunca encontraba a su otra mitad.

La larva ignoraba mi sufrimiento: desplegaba las alas y se hinchía y era negra y espantosa. Y, sin embargo, volaba. Volaba, volaba, y así estuvo la tarde entera aleteando en torno mío, soltando de cuando en cuando nubes de un polvillo fino y dorado —como la reina que era— y dándose de tumbos, furiosa, contra las ventanas cerradas de la habitación.

**ALMA MANCILLA** (Toluca, Estado de México, 1974). Estudió la licenciatura en Antropología Social en la UAEMéx, es maestra en Sociología y doctora en Ciencias Políticas por la Universidad Laval. Obtuvo, entre otros reconocimientos, el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen 2011, por *Las babas del caracol*; el XII Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano 2015, con la obra *Archipiélagos*, y el Premio Nacional de Novela Ignacio Manuel Altamirano 2020 por *El libro de las brujas*. Entre sus libros publicados se encuentran *Hogueras* (Editorial Terracota, 2013), *Archipiélagos* (UAEMéx, 2015) y *De las sombras* (Lectorum – Marea Alta, 2019).

## Revolución verde oliva

Mario Sánchez Carbajal

*A mi tío José Luis Sánchez Sánchez*

No se ría, compañero, lo que usted no sabe es que en el mundo no existe nada más una perspectiva, sino muchas, muchísimas, y quien le diga lo contrario lo quiere intrincar en la vida. No se ría, si se lo cuento con reflexión y fábula es porque en aquellos días un error de perspectiva nos valió la revolución. Hubo buen entrenamiento: éramos muchos, latinoamericanos a borbotones, gente fuerte a la que nos enseñaron a marchar aguantando el hambre, la sed; entrenamos bien metidos en la sierra, ahí donde ya nadie entra porque espina el miedo, haciendo caminatas de hasta treinta y seis horas, con cansancio, con dolor y, peor aún, con los pesares de adentro: extrañando a la familia, al hermano, al hijo, a la madrecita. Y de estudio, qué le digo: leíamos de veras, porque el revolucionario debe saber para saber por qué pelea. Teníamos nuestras reuniones de lectura cada semana, con decirle que a mí de novato me tocó exponer *El arte de la guerra*, un clasicazo: ese libro no hay revolucionario que se precie de serlo y no lo haya leído y entendido a cabalidad. Y de inteligencia, andábamos mejor aún, los estrategas de las ligas mayores se paraban delante de la pizarra y con la tiza hacían hasta cálculos geométricos y, nada más y nada menos, que para enseñarnos cómo darle en la madre al enemigo. Imagínese que nos instruía el general Alberto Bayo. ¿Sí sabe quién es él? Ese hombre inventó la “guerra de guerrillas”: batallas chiquitas, escaramuzas que van mordiendo el terreno hasta comérselo todo muy orgánicamente.

¿Usted se acuerda que Muhammad Ali decía “flotar como mariposa, picar como abeja”? , pues algo parecido nos enseñó el general Bayo: entrar, atacar, hacer el mayor daño posible en el menor tiempo posible y salir, y así mismo ir debilitando hasta que solito el contrincante se desmoronara y terminara deflagrándose como pólvora encendida.

Éramos revolucionarios de verdad y el triunfo de la revolución nos coqueteaba desde la mañana en que nos calzábamos la botas hasta la noche en que nos despojábamos de los quepís.

Pero para qué le miento, compañero, ni siquiera llegamos a probar si funcionaba o no eso de la guerra de guerrillas.

Mi comandante, ese hombre que fue para nosotros el corazón rojo y latiente de nuestros ideales, nos entrenó con el anhelo y el afán de que fuéramos las manos que comenzaran a echar los ladrillos para levantar un mundo mejor. Y primero nos tuvo desperdigados en pequeñas células por toda la Ciudad de México: grupos de estudio, entrenamiento militar, acopio de armas, etcétera, y después ya fue cuando nos llevó a la sierra, y ahí mismo un día nos avisaron: “Salimos hacia la isla tal día a tal hora”. Y cómo me acuerdo que el hermano del comandante dijo —mire cómo hasta se me pone la piel chinita—: “Los que sean nombrados”, o algo así dijo, “se van a embarcar en el Granma”. Imagínese, compañero, en esa embarcación iría el comandante y ochenta de sus mejores hombres. Y yo sé que ochenta tampoco son tantos, pero cuando uno lleva una ilusión, más grande que el mismísimo océano, de liberar a millones de personas, de salvar al mundo de la injusticia, la fuerza de uno solo se multiplica por cien, por quinientos, por mil hombres: se lo juro.

Fue entonces que le digo que escuché mi nombre en voz del hermano del comandante, y no es que él tuviera un vozarrón, pero yo lo oí como un estruendo que me dejó petrificado. Si no me desmayé fue puro milagro... No, mi buen, esa vez fue porque no había comido en días, pero ya, no se ría, la cosa es que oí aquellas palabras

con que mi mamá me insertó entre las cosas y entre los otros nombres del mundo, y contesté “¡presente!”, y me volví a mirar la sierra, llena de matas secas y pardas, de un verde sucio o de un gris percutido o de un café opaco, o de los tres, no sé, compañero, porque eso de los colores es cosa de pura perspectiva, que es lo que le vengo diciendo desde el principio.

Más tarde, el mismísimo comandante me mandó llamar para pedirme... y aquí escúcheme bien, compañero, que es aquí donde viene la trastada de la vida, me dijo así: “Vete a Pachuca y que te hagan doscientos pares de botas, y luego a la Ciudad de México y que te hagan doscientos uniformes verde oliva”, y me extendió una orden que era una hoja, una petición firmada por él mismo donde se detallaba cuánto y qué de cada cosa, y luego me dio dos fajos de dólares de este grueso más o menos.

Fui para Pachuca y dejé la petición y el dinero, y de ahí salí volado a la Ciudad de México, y llegué a la avenida Cuauhtémoc, donde, haga de cuenta, tuve que bajar como al inframundo, a unos sótanos que parecían la casa de la inmundicia y donde había hileras completas de mujeres sentadas, sudorosas de hastío y encorvadas sobre máquinas de coser. Aquello me pareció el mundo mecanizado de un cuento de ficción científica. Recorrí un pasillo largo en la semioscuridad y, no se vaya a reír, pero sí dije “aquí me van a hacer algo”; pero no, entré a un cuartucho que estaba hasta el fondo y ahí me recibió un chino o japonés, un oriental, pues, y nada más sonrió y estiró la mano para recibir la orden y volvió a estirla para los billetes. “Uniformes verde oliva”, todavía le dije. Y él nada más me respondió que gracias y se quedó silencioso y bien quieto, como si lo hubiesen despojado de las baterías triple A que lo animaban.

Un par de semanas después volví, pero esta vez no solo, íbamos veinte en cinco grupos de cuatro, en cuatro carros, por si agarraban a uno no nos decomisaran toda la ropa. Los revolucionarios así

funcionamos, como una manada de hormigas..., ¿no se dice así?..., ¿una colonia de lobos...? No se esté burlando, compañero, el caso es que al final llegaron todos los uniformes completitos e intactos metidos en las cajuelas de los carros que sin parar nos llevaron hasta Veracruz. Cuando llegamos nos avisaron que la salida hacia la isla se había adelantado para esa misma noche. Es cosa de estrategia, compañero, si uno sale en la fecha indicada deja que los soplones vayan y avisen, así en cambio, de improvisto, uno los agarra con los calzones abajo. No sabe qué júbilo. Todo estaba saliendo en orden, todo a tiempo como si el reloj de la revolución estuviera sincronizado con el tiempo perfecto de las estrellas. Y se repartieron los uniformes y las botas y, no le miento, yo sentí que esa fue la primera batalla que gané en mi vida de revolucionario.

¿Usted sabe a qué huele un uniforme de esos nuevo, unas botas de esas nuevas? Huelen a pura esperanza, compañero, a pura esperanza.

Luego de embarcarnos pasamos días en el mar hasta que una noche fondeamos en unos manglares ya a las orillas de la isla. Y ahí es donde le digo que viene el giro de la suerte, porque además, cómo se explica que nadie se dio cuenta si éramos ochenta pelados, con estrategia, bien entrenados, educados, listos, gente de veras amaestrada... quizá en una de esas fueron los nervios y la emoción los que nos cegaron. Porque así fue que nadie reparó en el tono de verde que traíamos puesto: era verde oliva, afirmativo, pero del verde oliva claro, el que se parece más a la cáscara de un limón medio amarillo que ya le tira a ponerse pachichi. Y la cosa es que el verde oliva tiene varios tonos, varias perspectivas, como le digo, y entre ellas, una demasiado clara como para hacer la revolución y que, para acabarla, era exactamente la que llevábamos puesta.

Ya luego supe que en México aquellas hilanderas hijas del chino llevaban años haciendo unas banderas mexicanas que le vendían al

gobierno y que el gobierno usaba para regalar en mítines políticos, y un licenciado, trinquetero, había pedido que fueran verde oliva claro, no por gusto y menos por patria, que ese nunca ha sido el color oficial de la bandera, sino porque entre menos saturado el color más barata la tela. Y así en la cabeza, en la perspectiva de las hilanderas, del chino o japonés, que seguro fue quien se encargó de comprar la tela, ese era el único verde oliva que existía en el mundo.

Y ahí nos tiene como blancos perfectos, sin poder mimetizarnos ni tantito en medio de la espesura de la jungla nocturna: puro verde fuerte, casi negro, y nosotros brillando como anuncios de la Coca-Cola. No duramos ni dos horas en la batalla, qué guerra de guerrillas ni qué nada, compañero, antes diga que tengo vida para poder contárselo; porque en aquella refriega, a donde apuntaban ya le daban a uno y a otro y a otro.

Huimos de las balas y nos encaramamos a la embarcación que también, a decir verdad, nos la dejaron bastante maltrecha, e hicimos la retirada. Me acuerdo que apenas agarramos mar abierto, ya a salvo, el comandante se quitó su casaca y el quepí y los arrojó al mar, y aun entre tanto verde oliva claro, su torso pálido, desnudo, parecía una flor de carne blanca sembrada en una maceta que flotaba derrotada en medio del océano.

MARIO SÁNCHEZ CARBAJAL (Ciudad de México, 1983). Estudió el diplomado en Creación Literaria en la SOGEM. Fue becario del FONCA-JC, en las áreas de novela y cuento, en los periodos 2008-2009 y 2010-2011. En 2013 obtuvo el Premio Nacional de Cuento Breve Julio Torri con el libro *La línea de las metamorfosis* (FETA); en 2014 ganó el Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola con el libro *Muerte derramada* (UdeG), reeditado en 2021 por Malabar Editorial; en 2015, su novela *Bilis negra* (INBA) se hizo acreedora al Premio Bellas Artes Juan Rulfo para Primera Novela, y en 2017 su libro *La piel de la mujer foca* obtuvo el Premio Nacional de Cuento Agustín Yáñez.

## Antes de sentirme envuelto por los bordes corrugados del profundo cielo oscuro del polietileno

Federico Vite

*E*n aquel tiempo mi vida era un festín de corazones por donde el vino fluía. Senté a la belleza en mis piernas y la injurié. Después de eso, la camioneta Chevrolet negra se detuvo. Abrió la portezuela: descendió una morena turgente que vestía falda tableada azul cielo y una blusa roja; el conjunto era rematado por un par de zapatos de piso color escarlata.

—¡Eres un pendejo! —gritó.

La camioneta se perdió velozmente por las curvas ascendentes rumbo a La Quebrada.

—¡Maldito! —odió en voz alta ese ángel—. ¡Puto de mierda!

Algo estúpido hizo el tipo para que esa chica se enfadara así. Escupió. Apretaba los puños y maldijo una y otra vez.

—¡Hijo de siete mil putas! —Hizo una pausa—. ¡Hijo de setenta mil putas! —Giró la cabeza y cobró consciencia de mí—. ¿Tú qué me ves? —retó elevando las manos, como si llevara dos pistolas listas para liquidarme.

—Estoy descansando. —Guiñé un ojo coqueteando abiertamente. Yo ya no tengo nada que perder. Nada.

Me vio con asco; bajó los brazos.

—No estoy para mugrosos —balbuceó.

—Ven. —Golpetee la roca donde estaba sentado—. Acomódate.

Se aproximó escupiendo a diestra y siniestra. Estaba frente a mí, como un espectro furibundo.

—Así que tienes problemas conyugales, mujer.

—¡Oh! Eres adivino. —Dio media vuelta y agigantó nuestra lejanía al dar unos pasos.

Suspiré. No era bueno contestar una frase irónica con violencia. No. Aún no.

—¡Mujer! ¿Qué *show*? —Sonrió y bajó la mirada—. A ver, dime, ¿adónde vas?

Chasqueó los labios carnosos. Se convirtió en un paisaje que podría haber salido del pincel de Lucian Freud.

—¿Por qué los hombres nunca entienden nada?

—No me conoces. —Guiñé nuevamente un ojo y me levanté de la piedra para que pudiera verme mejor—. Ven. Anda. Cuéntame.

Ella no reparó en mi bermuda ni en mi camisa hawaiana. Vi sus muslos deportivos y ese simple hecho me alegró. Realmente soy alguien simple.

—No soy un circo, ¿entiendes? —respondió, pero no dejaba de sonreír.

El calor de junio nos asfixiaba.

—No sé. —Extendió los brazos para enfatizar nuestra distancia—. No puedo entender qué pasó. De hecho, no sé qué onda, pero me duele, sabes. —Echó una mirada hacia la avenida López Mateos, por donde avanzó la camioneta.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

Abrió la boca; en seguida giró la cabeza de izquierda a derecha. Borró mi pregunta con ese gesto.

—No, papacito. A ver. Te acabo de conocer. —Movié las manos con furia—. No, no. Me topé contigo y eso es todo. ¿Por qué crees que te diría mi nombre?

Caminó un poco por la avenida López Mateos. Aprecié la carnosidad de ese cuerpo en movimiento, la rotunda curva de las nalgas, las piernas abriendo paso en la tarde calurosa. El sol proyectaba la sombra de esa mujer sobre las raíces de los árboles de tamarindo. El cabello negro y salvaje rozaba la cintura estrecha. Cincelé esa estampa en mi mente. Di media vuelta. Andaba descalzo porque perdí mis Top Sailer. Iba en sentido contrario al de ella. Escuché un silbido. Giré la cabeza con lentitud: ella me observaba. ¡Ah, esa mirada! El cabello chino ocultaba el esplendor del pecho, caía sobre la tela delgada y húmeda de la blusa vaporosa.

—¡Oye, disculpa! ¡Disculpa! —gritó mientras hacía una vise-ra con su mano para cubrirse del sol—. ¿Por dónde llego a Caleta?

—¡Yo te llevo! —grité.

Avanzamos varios metros, a paso de tortuga, con un calor infernal. Ella caminaba muy despacio. Con la humedad golpeándome el cuerpo sentí el negro aleteo de la miseria. Íbamos a unos metros de distancia, así ha sido siempre con las mujeres que he amado: lejanas a medias, perdidas un poco, pero reflexivas siempre. Caminábamos bajo la sombra frutal de un árbol de mango. Descubrí un billete oculto entre las hojas secas; me agaché para tomarlo y la miré sonriendo desde esa posición. Salivé un poco. Éramos la anomalía festiva de un paisaje desolado. No tenía prisa por regresar a esa casa. Sabía lo que me encontraría en la sala. En algún momento debía ir a ese mugrero por mi mochila.

—¿Quieres un helado? —pregunté al doblar el billete y meterlo en la bolsa trasera de mi bermuda.

—Es que no tengo ganas de hablar. No sabes nada de mí. Ni siquiera tienes zapatos, pareces un loco. —Hizo una pausa—. Llevo días peleando con ese tipo, no sé qué hacer y tú me invitas a tomar un helado. ¡Carajo!

Detecté un olor conocido saliendo de su boca.

—¡Bebiste ron! —Froté mis manos—. Estás cruda; por lo tanto, voluble. No sé por qué no me había dado cuenta. ¿Te duele la cabeza?

Asintió moviendo varias veces el dedo meñique, ademán que otorgó cierta orfandad a la expresión infantil.

—Bueno, entonces, agua, Alka Seltzer y mucha voluntad para hidratarte. ¿Quizá una cerveza?

Sonrió.

Sentí la brisa en mi cara. Las gaviotas planeaban en círculos por encima de los árboles.

—No hay coincidencias en esta vida —dije al ver su frente amplia. Elevé la vista aún más para confrontar la belleza del cielo azulísimo arriba de ella—. Tú serías la mujer con la que me gustaría compartir mi cepillo de dientes.

—¡Noooo! —gritó—. ¡Cálmate! —dijo—. ¿Sabes por qué me bajé de la camioneta?

—Porque no te quiere ese pendejo.

—Me sacó del Hooters. Y me gusta el cabroncito, pero no tiene ni la mitad de humor que tú. Eso es bueno.

—Eso es lo mejor que me han dicho hoy.

—Es diputado. Y pues, mira, yo vivía en un hotelito del centro. Me apantalló. Yo quiero estar mejor, salir del pinche bar, ¿pero cómo le hago? ¿Cómo diablos salgo de ahí? Ni siquiera me alcanza para comer. Me gusta la buena vida, la ropa, los perfumes. Me gusta comer bien, porque lo bueno siempre es muy rico y caro. En Acapulco ya no hay turistas. No hay nada. Sólo muertos. ¿De qué voy a vivir aquí?

Mientras la oía mi desilusión se hizo inmensa. Era otra mujer guapa que pedía a gritos solvencia económica, comodidad, una mejor vida.

—Entonces vas a regresar a tu casa; de ahí te bañas y te vas directo al trabajo, mujer. A lo mejor aún tienes chamba, ¿no?

—No quiero volver. —Hizo una pausa parando la boca—. Van a decir que soy una gran puta.

Me tocó el pecho. Y esta vez no sentí nada. Las mujeres con inquietudes monetarias me atrofian. Su anhelo de ascendencia social me ajusta la rabia, el rencor y el ánimo por liquidar la sintaxis de lo establecido. Pensé en el mugrero de esa casa, en las bolsas de plástico negro; en las moscas que debían rondar la sala.

—¿Y qué piensas hacer entonces, mujer?

Suspiró largamente. Noté que perdía esplendor. Esa consistencia grisácea de los adultos anidaba en cada gesto. La fortaleza voluptuosa del pecho también decayó; los hombros se arqueaban. Asumió la postura derrotista, esa nulidad de la existencia. Yo no reproduje los ademanes lastimeros de antaño, cuando intenté ser como ella. Pero ella estaba rota. Podía escucharse el desbarrancamiento en el volumen bajo de su voz. Tuve la sensación de que había pasado mucho tiempo junto a ella.

—¿Debería regresar con los míos?

—No lo sé.

—No, no. Nada más pensar en las casitas de lámina, sin agua, sin muebles, sin ventilador. ¡Noo! —Apretó los puños—. Soy una especie de flor de pantano, ¿sabes? Desde niña, desde muy niña, siempre he tenido mala suerte, porque de alguna manera u otra llego con el tipo que me trata peor que el anterior. ¿Por qué?

Me abrumó toda esa pesadumbre que empezó a depositar sobre la charla. El sudor destrozaba las facciones suaves de su rostro. Envejeció rápidamente. Volví a pensar en el mugrero de esa casa.

—No estoy contenta con mi vida. Mis aspiraciones son esto. —Jaló su falda—. Y para nada me gusta —dijo conteniendo el llanto.

Supuse que se imaginó flotando sobre agua sucia, con el hedor de la miseria devorándola. Esa mujer no sentiría la dicha de un paseo nocturno con el mar de fondo. Cada uno de sus pensamientos cortaba.

—Entonces, ¿tú estás aquí por casualidad o porque esperabas muchachas para seguir las? —Aligeró la pesadumbre con la pregunta.

—¿La verdad?

—Sí, sí —dijo—. Podría decir que ya somos conocidos y sería bueno platicar, ¿no crees?

—¡Okey! Pues mira, soy alguien que cometió un grave error. La culpa me está matando, pero no me arrepiento. Es lo que debía hacer, es el tipo de cosas que yo debía experimentar para llegar aquí. Tuve suerte de encontrarte —dije mostrando mi billete.

—¡Eres un tierno!

Supuse que le gustaban hombres proclives al caos. Más que saberlo, lo sentí. Bastaba con verla contemplarme; su mirada poseía el fuego tibio de una esperanza.

—Así era mi novio.

Su pacto con la vida sentimental estaba en otro sitio. El amor, la sacralidad pedían volver con él, con el suyo, con el hombre que le decía mentiras generosas.

—¿Cómo se llama el muchacho?

—Alberto. Desapareció. Como los normalistas, como los reporteros, como mucha gente. Desapareció, simple y sencillamente desapareció —dijo esa palabra como si con ello aceptara la rotundidad de la muerte. En cierta forma me entusiasmó.

Era de una hermosura majestuosa oír la expresarse sobre esos temas. Nació en mí un interés genuino por ella. No fue una detonación espontánea, un truco de magia para incrementar los fuegos fatuos del encantamiento amoroso. No. Caminamos por el puerto

a cuarenta y dos grados a la sombra, en silencio. Sudamos mucho. Mis pensamientos eran grávidos, filosos: abrían surcos para dejarme cada vez más solo y desanudar la casualidad que me unió a ella. Comprendí la fábula del nosotros. Ella sentía mi compañía, con eso le bastaba. Aún faltaban cuerdas para llegar a Caleta. El zumbido de los aires acondicionados fondeaba nuestros pasos.

—Me gustaría evitar comentarios de mi novio. Ya tengo muchos adioses por hoy.

—Lo creo. Mejor nos compramos una caguama en la próxima tienda. Bebemos y platicamos de nuestros fantasmas. A final de cuentas somos mansiones decoradas por espectros.

—Me dejaron sola, con la sensación de que volví a fallar. Eso no me gusta. Una chela está bien. Hoy no vuelvo al bar.

Se jaló el cabello; primero despacio, luego incrementó la fuerza, la neurosis, la desesperación, todo eso podía diagnosticarse cuando empezó a golpearse la frente con los puños.

La detuve. Nos miramos profundamente.

—¿Sabes cómo va a terminar esto, mujer?

Con sus lágrimas resbalando por las mejillas, me retó.

—¿Cómo, dime cómo va a acabar esto?

Me acerqué más; la tomé de la cintura.

—¿Con un beso? —susurré antes de calcinarme en la boca de una mujer incendiada.

—No, dime, ¿cómo va a terminar esto? —repitió la pregunta cerrando los ojos.

Puse una mano sobre el cuello. No quise apretar mucho, sólo la sentí en esa tibia suavidad que prodigaba el calor, la humedad y la indefensión.

—Vamos a mi casa. Tenemos tiempo para hablar del asunto.

Volví a besarla. Apreté las manos delgadas. Caminamos unos metros más entre besos, charla y una cursilería fingida. Antes de

llegar a casa compré dos caguamas. Abrí el portón. Ella entró sorprendida al patio. Vio el jardín, los columpios, el segundo piso de la casa y la alberca.

—¿Vives tú solo?

—De momento así es. Pasa. —Giré la perilla. Empujé la puerta. Dejé las botellas sobre el piso—. Prende la luz, por favor.

Ella caminó a la derecha. Buscaba con la palma de la mano el *switch*. Agarré el cuello de la botella y asesté el golpe con tal violencia que la rompí. Ella quedó a mis pies. Encendí la lámpara de la sala. Caminé hasta el fondo de la estancia. Me calcé las sandalias de la otra mujer. Regresé por la otra cerveza. Di largos tragos. Acabé pronto y me sentí sumamente festivo.

—Lo que pasa es que tienes el alma muerta. Por eso te ocurren todas estas cosas —grité con la intención de que los muros de la casa guardaran mi energía—. Tienes el alma muerta, por eso todo te sale mal, mujer.

Tomé el resto del dinero que le había quitado a la dueña de la casa. Dedicué unos segundos a ver las paredes de color rosa de la sala. De verdad me gustó mucho ese sitio. Mientras echaba llave al portón me ajusté la mochila. Las sandalias eran realmente cómodas. Pensé en la cantidad de noticias que los diarios sensacionalistas publicarían cuando se supiera que hallaron el cuerpo de una extranjera en bolsas de plástico negras junto a otra mujer. ¿Cómo podían titular una noticia con esas características? Llegué a la Costera. Usé el teléfono público y marqué el 911. Oí gritos, balazos y golpes en una casa de la Gran Vía Tropical, dije. La operadora me preguntó si estaba borracho. No, respondí, pero sería una gran idea. Dejé el auricular colgando, oscilaba con cierto encanto de un lado a otro de la cabina. A lo lejos vi un grupo de turistas bajando de un taxi. Tenían una cerveza en la mano. Jóvenes, inquietos y festivos. Eran la mejor opción para continuar



con el fin de semana. Pensé con tristeza que después volvería a casa. Acomodaría mis cosas, trabajaría con ahínco en la oficina. La ansiedad asfixia. Caminé despacio hasta ellos. Necesitaba una copa más y mucha diversión. Oí a lo lejos la voz de Chrissie Hynde, vocalista de The Pretenders: *Ohh, ohh, ohhh. Back on the chain gang. Ohh, ohh, ohhh!* Estuve en el sitio adecuado, en el momento adecuado. *I found a picture of you, oh-oh. Those were the happiest days of my life.*

**FEDERICO VITE.** Ha publicado, entre otras novelas, *Bajo el cielo de Ak-pulco* (Instituto Queretano de la Cultura y las Artes, 2015), *Parábola de la cizaña* (La Pereza Ediciones, 2018 – Universidad Autónoma Metropolitana, 2012) y *Los traidores son deliciosos* (Instituto Guerrerense de Cultura, 2006), así como los libros de cuento *Como un ruido de grandes aguas* (Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla, 2019), *Cinco maneras de incendiarse* (Secretaría de Cultura de Guerrero, 2015) y *Carne de cañón* (Cuadrivio, 2015), entre otros. Parte de su obra ha sido traducida al inglés, francés, italiano, árabe y portugués. Pertenece al Sistema Nacional de Creadores de Arte.

## El catafalco escarlata

José Edmundo Hernandez

**catafalco.** 1. m. Túmulo adornado con magnificencia, el cual suele ponerse en los templos para las exequias solemnes.  
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El documento cuyo folio en la esquina superior derecha es 19/84 y está rotulado con el título “Catafalco Escarlata” es, sin duda, uno de los archivos más importantes y sobresalientes sobre la historia de la ciudad de Toluca.

Recibí un correo electrónico de un remitente desconocido, quien me hizo llegar una serie de documentos, informándome que fueron extraídos de manera ilegal y enviados directamente. Al parecer conoce bien mi trabajo y el campo en el que me desarrollo. Este misterioso personaje fue tajante al mencionar que no sería necesario enviar alguna respuesta, ya que la cuenta de correo había sido creada sólo para esta tarea, y sería eliminada una vez cumplido su objetivo.

Siendo presa de una curiosidad descomunal, de inmediato imprimí los archivos que contenía el correo, los cuales estaban divididos en dos partes: la primera era un millar de hojas, las cuales describen la naturaleza del catafalco, sus características, e incluyen especificaciones sobre el lugar donde fue encontrado, así como significados y pormenores de cada uno de sus detalles; la segunda contiene un centenar de imágenes de alta calidad, en

las que aparecen retratados cada uno de los segmentos a detalle de ese objeto. Cabe resaltar que dicho catafalco (según lo escrito) fue destruido, eliminado completamente, por lo que estas imágenes son las únicas pruebas de su existencia. Por lo anterior, aumenta la discreción y delicadeza con la cual debe ser tratada esta información.

Fecha en diciembre del año 2..., la hoja número 2 presenta un membrete con tres escudos: en el margen superior derecho se encuentra el escudo del Estado de México; en el otro extremo, el escudo del Municipio de Toluca; y justo en el centro, un sello de color rojo, cuyas letras centrales SPH (Sociedad de la Perpetuidad Histórica) son adornadas por diversos símbolos, de los cuales desconozco completamente su significado y origen. El documento fue escrito con una caligrafía pulcrísima, y en este se describen los detalles del hallazgo de un catafalco piramidal de madera, encontrado en perfecto estado en las remodelaciones que se están llevando a cabo en la Plaza de los Mártires o Plancha Principal de la ciudad de Toluca. Al parecer su descubrimiento causó gran revuelo entre los trabajadores de la construcción, debido a lo llamativo del rojo escarlata y dorado que cubrían este objeto. Hasta el momento no he podido localizar a ninguno de los trabajadores referidos en el texto, pues, a pesar de la solicitud correspondiente y de los contactos que tengo en varias instituciones de gobierno, no se me ha podido dar referencia acerca de alguno de ellos y no hay registros al respecto, ni siquiera en las bases de datos del seguro social.

El texto continúa mencionando el proceso de su traslado y resguardo, tras ser extraído con los estándares arqueológicos más estrictos. En el documento se asegura que fue reubicado con la ayuda de helicópteros privados y bajo un riguroso hermetismo ante medios de comunicación y cualquier persona no autorizada para estos procedimientos. Su localización y, por ende, lugar de

estudio fueron omitidos. Destacan la minuciosidad y el rigor con los que fueron estudiados a detalle todos los centímetros del objeto. El legajo de información es tan vasto que el objeto en cuestión parece haber sido estudiado por cientos de expertos en materia de tipografía, interpretación de símbolos, pintura, lingüística, semiótica, biología, química... Es necesario referir que en ese mismo documento se detalla la manera en que fue destruido, y lo que se hizo con los residuos. No obstante, se omite completamente el porqué de esa acción.

Enseguida, me permito describir las características físicas sólo de la base y del primer lienzo del catafalco.

Es un cuerpo que mide 3.33 x 3.33 metros de ancho y .99 de alto. Lo primero que llama la atención en las imágenes es el color rojo escarlata con el que está pintado, y los contrastes en tono dorado. Haciendo un examen más detallado puede observarse que la composición de ese rojo escarlata no es homogénea, pues tiene diversas tonalidades que en conjunto le dan un realce y se permean para crear efectos de contrastes y profundidad dentro de la misma composición. En el documento se detalla que las pruebas de laboratorio dieron como resultado pigmentos hechos a base de productos orgánicos, en su mayoría sangre humana y de animales. En sus aristas verticales y superiores se presenta una cenefa imitando pasamanerías y encajes, lo que le da una textura cercana a un bordado. La figura central es una especie de humanoide acostado boca arriba con las manos entrelazadas en la parte baja del ombligo, cubierto por una túnica simple bañada en oro. Su cabeza está en una orientación hacia la izquierda, lo cual no permite determinar sus características faciales, dándose una aproximación por ciertos rasgos que se logran apreciar a través de los detalles tan precisos de la pintura. Dentro de esta escena, ya de por sí tensa y saturada, se logra ver un lema, con letras escritas

con oro y en alemán antiguo (según corroboré con el documento). Tomando como referencia el citado texto, coloqué la traducción de dicho lema:

“La verdad siempre a los pies de lo evidente”

Cabe mencionar que a simple vista es difícil apreciar los detalles en esa primera cara de la base del catafalco; sin embargo, las imágenes de alta resolución solucionan ese problema con diversas tomas casi centímetro por centímetro. Con esos acercamientos al contorno, que parecía sólo una cartela, es posible distinguir un texto que transcribiré a continuación, el cual al parecer contiene una narración de algo ocurrido en la ciudad de Toluca:

A la postre de este altar veneramos con sacrificios este divino momento donde has elegido nacer y comenzar tu reinado. Has escogido este sitio que lleva por nombre Plaza de los Mártires, donde sangre pura fue derramada hace tiempo y de la cual te alimentas y fecundas tu espíritu. Viernes Santo elegiste para ser concebido y 1023 cuerpos seleccionados con rigor, para que cada uno de ellos al ser sacrificado te transmitiera sus virtudes y puedas alcanzar la plenitud infinita. Un mar de sangre bañó la plaza una vez más y a la par el ritual de fecundación se llevó a cabo, mujer y hombre encarnaron sus más bajas pasiones y con el último rayo de sol de ese atardecer quemante fuiste eclosionado tú y tus demás súbditos en una orgía de desenfreno. En esa plaza teñida de rojo escarlata, hombres y mujeres culminaban con pasión y desenfreno los instintos primitivos que los llevaron ahí, fieles creyentes entre gemidos y quejidos de dolor y placer atormentaron gran parte de la noche a los curiosos y resguardados por el miedo. Este es el nuevo génesis, e inicio de todo. Aquí comienza la verdadera historia.

Por último, señalo que el catafalco tiene otros 3 niveles y otras 11 caras que me hace falta estudiar y cotejar, y que siendo cronista

oficial (retirado) de la ciudad de Toluca, puedo afirmar que la información aquí vertida nunca se había mencionado, jamás había tenido de primera mano información de esta índole y estirpe oral o escrita. Pues, como decía un querido maestro, mi mentor: “Toluca se nos esconde a la vista, y hay que escudriñar sus rincones para descubrirla y entendernos”.

**JOSÉ EDMUNDO HERNÁNDEZ** (Toluca, Estado de México, 1989). Licenciado en Composición Musical, pasante en Instrumentista Musical en Guitarra Clásica y en la licenciatura de Contaduría. Obtuvo el apoyo de la Beca del Fondo de Cultura y las Artes del Estado de México en 2017. Es integrante del taller de narrativa de la revista *Grafógrafxs*.

## 4 poemas

Inês Lourenço

### Sin dolor

Si quieren una musa legal  
y registrada, hábiles  
balbuceos deseantes,  
sentidos soporíferos de  
inocua saliva, no  
me lean.

Porque un libro  
es superior a la vida (que  
por lo demás no es  
gran cosa). Se puede  
cerrar reabrir a  
cada instante,  
olvidar abandonar perder  
y no duele nada.

### Persiana

Desconfío de los poetas  
que hablan mucho de la luz, de las  
mañanas y de los árboles  
en su obsesión anfitriona  
de frutos y aves y  
hojas. Desconfío de los que cantan  
fogones y voces mansas, intentando  
apaciguar el poema con su  
industria de inciensos. Ellos  
escenifican como viejos profetas  
tardías formas de belleza  
extinta —y hacen del verso  
un ritual nacido muerto  
de pequeños afectos,  
indiferentes al cuchillo  
incandescente que separa  
el cuerpo de las palabras  
de la substancia del mundo.

### Fonema

Quiero  
quiero morir con muchas erres  
de arresto arrimo arrebató arreglo  
estoy harta de decir que estoy viva  
sólo porque aún lo digo y aún me hartó

¿quién me manda por el correo una serpiente del nilo  
un cabello de eurídice?

ya que no morí de parto  
ni de ausencia ni de espera  
ni de otra femenina manera de morir  
muera ahora completa  
de facto.

### Consejo a un nuevo poeta

Continúa agreste al mundo  
y reconfórtanos con la lucidez  
de tu malestar, en las palabras  
de todas las horas, limpias de  
hemorragias órficas. El nuevo Castillo  
de Duino (o cualquier otro)  
es un tercer piso, sin ascensor,  
donde Lou Andreas Salomé dejó  
de velar con elegancia  
la angustia.

*Traducción de Sergio Ernesto Ríos*

INÊS LOURENÇO (Porto, 1942). Licenciada en Línguas e Literaturas Modernas por la Universidade do Porto. Es autora de *Câmara escura*, *Coisas que Nunca*, *A Disfunção Lírica*, *Logros Consentidos*, *A Enganosa Respiração da Manhã*, *Um Quarto com Cidades ao Fundo* (poesía reunida 1980-2000), *Teoria da Imunidade*, *Os Solistas* y *Os pecados predilectos* (antología 1980-2017).

## Poemas inéditos

Eduardo Padilla

### ¿Es honesto un hipnotista?

Bernays baja  
por Coppelius  
haciendo sonar la madera  
de sus tacones  
en el empedrado.  
Sus pasos se ajustan  
a los faroles  
que bailan como ahorcados  
bajo una lluvia  
métrica  
que ayuda al mundo  
a olvidar  
lo que apenas  
había recordado.

Bernays  
atraviesa el parque  
y da vuelta en  
Spallanzani.  
Juega con  
la cadenita de oro

que antes colgaba  
de sus lentes.  
“¿Lentes espirales?  
No hablará usted en serio”.  
“Bernays habla  
siempre en serio”  
piensa Bernays  
mientras repite  
su propio nombre  
bajo el dosel negro  
del cielo  
y cuenta todas las espirales  
que hay camino  
a la vitrina donde tienen aquel  
maniquí sin brazos  
que tanto le gusta.

### **William Gruber guarda mis ojos en su bolsillo**

Mi primer recuerdo es el mar  
trepando por el aire  
para pinchar al sol en el ojo  
y aprovechar la negrura  
para caer sobre mí  
y darme una zurra  
frente a mis padres.

Mi madre era una estatua de queso.  
Mi padre  
un garrote sombrío.

Seguro fue  
oírlos pelear  
por pavadas  
lo que hizo que yo perdiera el temple  
y diera mis primeros pasos  
hacia la crítica  
contra la autoridad  
(el mar)  
y siendo yo  
muy joven  
es probable  
que la crítica  
saliera más bien  
como un insulto.  
Es usted un matón  
vestido de azul,  
le dije al mar,  
aunque igual podría yo  
habérselo dicho al cielo.

El mar no dijo nada y se quedó muy quieto.  
Yo —minúsculo,  
arisco—  
me tomé ese silencio  
a la mala.

Es usted ridículo.  
¿Por qué se viste de azul?  
¿Así de grande y deja  
que su mamá lo vista?

El mar comenzó a echar espuma.  
Yo, impávido.  
El dolor era un cuento chino  
que mi madre había usado  
para empapelar las paredes del útero.  
O al menos eso pensaba.

Justo entonces  
dejé de pensarlo.

El mar me tomó de los caireles  
y me azotó contra la arena.

(imagínate con caireles)

Fue una escena  
de terror mágico  
y humillación cristalina.  
Enterarse del mundo  
es como pisar una aguja;  
el proverbial relámpago  
a cielo abierto.

Es usted horrible.  
Huele como el perro  
cuando se cayó al aljibe.  
Huele a pescado  
con calzones rosas.  
Y es frío  
como el metal de las cucharas

cuando tocan  
los dientes de leche.

Todo esto  
que no le dije al mar entonces  
se lo digo ahora  
al espejo  
cuando el terapeuta se ausenta  
para atender  
una llamada personal  
que lo devuelve cambiado,  
perdido,  
sin color  
en el rostro.

### **Feto budista**

Seré el que era, cuando muera.  
Fui el que vendrá, tra-lalá.  
Soy el que duerme en la pelusa,  
el que hoy observa en forma obtusa.  
No tengo edad, otredad.

Mejor me abstengo.  
No quiero  
escalar el Ixtlasiwato.  
En mi alcoba tengo lo necesario  
para que un nene nonato  
flote barato.

Asar pescado  
es muy caro.  
Mejor azar afuera,  
flotando  
en salmuera.

Mi patria es el ocaso,  
acaso.  
Casi casi  
no heredo casa.

Soy objeto de la suerte,  
de la buena suerte  
de nunca  
haber nacido.

**EDUARDO PADILLA** (Vancouver, 1976). Es autor de *Zimbabwe* (El Billar de Lucrecia, 2007), *Minoica* (escrito en colaboración con Ángel Ortuño, Bonobos, 2008), *Mausoleo y áreas colindantes* (La Rana, 2012), *Blitz* (Filodecaballos, 2013), *Un gran accidente* (Bongo/3pies, 2017) y de la antología *Paladines de la auto-asfixia erótica* (Bongo Books). Su libro más reciente es *Hotel Hastings* (Cinosargo, 2018).

## Las visiones del cuervo

Rogelio Saunders

Y dijo:  
he dejado de estar aquí  
como un niño que se queda dormido  
en el sillón del barbero.

Resonó en el azul,  
en el largo vuelo del mantel  
de cuadros negros y rojos,  
allende las hojas amarillas  
multiplicadas como el falso otoño  
que nos confundió a todos.

Y era, aún, un mes desconocido.  
Un rostro tras la ventana tapiada,  
tras el labio cerrado  
del poeta  
sin sueño, sin edad,  
sin padre, sin hijo.

Ojos que siguen la línea de puntos.  
Besos desligados que regresan.  
Oh multitud encadenada



sobre los siglos y su retablo  
disperso.

Los péndulos, las cabezas.  
Los detenidos insectos  
enajenados,  
nacidos en el cristal  
como dudosas sonrisas  
(o como aquella sonrisa  
dividida por una bofetada).

Lejos de la flor de mayo  
de desvaídos pétalos,  
caída en el agua espesa,  
reflejada en un cielo de ceniza,  
en el hiptálamo herido  
por una aguja de alcanfor,  
como un rayo partiendo en  
O  
la simetría del ojo.

El verano resbaladizo,  
sus cabañas abandonadas.

Los pies descalzos corren aún,  
las cabezas saludan.

Huyen escarabajos diminutos  
provistos de cuernos  
por canales aún más diminutos,  
donde tienen lugar  
pequeñas siestas,

reuniones infinitesimales,  
en una red sin fin  
de balconaduras podridas  
y falsos pasos.

El habla se seguía a sí misma  
como una sombra.  
Noche helada del condottiero  
abrazado a su lanza  
de papier maché;  
esperando  
no sabe qué  
sobre los techos azules.

Yo, que vengo del mediodía,  
lo olvidé.

Las sombras de los pájaros,  
las uves infantiles sobre la bajamar.  
Los cielos que nos estaban esperando  
como guerreros leales  
en el cuadrángulo verde  
o en la alargada fractura caliente  
del acantilado,  
huyeron, se dispersaron  
con una sonrisa.

Ah: la muerte y su sonrisa pintarrajeada.  
La muerte y su desencantado carnaval.

El clown que expulsamos  
no cesa de volver;  
las noches que olvidamos, como una novia  
que nos dejó sin explicaciones, vuelven también,  
pues no hay nada tan persistente  
como lo muerto.

La claraboya empañada ofrece  
su tenue luz, oblongada, distante,  
flechando sin signo,  
invitando  
a la separación.

Y así la cabeza sin dueño  
sugiere callar,  
cabeza esculpida  
del gnomo,  
cabeza redonda de hule  
cubierta de estopa  
que saca la lengua.

Pero no hay sueño.  
Pero no hay milagro.

Sólo el hoy sin edad,  
el ojo privado  
de horizonte,  
la franja magenta que emborrona  
la huella del sol.

El brazo se levanta  
y vuelve a caer, privado, también él  
de su precioso reloj.

Bailes y ciudades continúan  
en el rabillo del ojo  
del niño.

Perversas canciones escritas  
en insonoras banderas.

Oh mar —susurran los destituidos  
marineros, crueles anunciadores  
de lo que vendrá.

Y el fuego, también.  
Quien dice: habla.

Sólo las noches  
o esta noche infinita  
lo saben. Reconocen  
en el decir que nada dice  
la discantada moneda:  
moneda desencantada  
que salta en el ideograma  
preciso.

Navegando en el mar de cobalto  
de las amapolas  
dijo: vengo del espesor  
negro y rojo

del bosque. Allí, por si quieren  
saberlo, no hay nada,  
salvo la niña de hule  
que mira con un ojo fijo.  
La huérfana, hija o madre  
perenne,  
con las medias caídas  
sobre los zapatos  
escolares.  
Nada, salvo el sonido  
de una hoz de plata.  
Nada, salvo el golpe  
a punto de resonar  
como un mar de silencio  
en el tímpano de hierro  
del núcleo terrestre.

He aquí lo que no veo —añadió  
con el ojo aumentado  
por la legaña del rocío.

Cuervos del mundo, uníos.

Canción nuestra,  
pagada en el foso donde el innome,  
metamorfo, se confunde cada noche  
con el salto sin odio de los animales.

Si lo sabré yo,  
que vuelvo cada noche  
como un fantasma,

cubierto de nieve negra,  
trazando un mismo círculo  
alucinado,  
prisionero del sueño más antiguo.

Y era, aún, la más desconocida  
de las estaciones.

Quién no iría hoy hasta ese alto  
donde había una ignorada lucha  
sobre la hierba verde,  
bajo las nubes veloces.

Todos los velos caen sobre una fecha  
que no podría estar en ningún calendario.

El rostro que aparece en el espejo  
es siempre otro,  
como un ojo nacido de otro ojo,  
doblándolo, rayado en la sombra.

Los pasos van y vienen en el sol,  
alegres como niños  
con zapatos nuevos.  
La primavera no viene. El viento  
señorea en las azoteas vacías.  
El cielo es como el cristal, y los pájaros  
se adhieren a él,  
diminutos pájaros de papel, pintados de colores,  
como tú los soñaste.

En el cuerpo del niño dormido  
ya no duerme nadie.

**ROGELIO SAUNDERS** (La Habana, 1963). Poeta, cuentista, novelista y ensayista. Fue miembro del grupo Diáspora(s). *Crónica del decimotercero* (Bokeh, 2016), *Poesía. Volumen I* (Editorial Casa Vacía, 2017), *Poesía. Volumen II* (Editorial Casa Vacía, 2017) y *Las mariposas no sueñan* (Fondo Editorial UAQ, 2019) son sus libros más recientes.



DESCARGA LOS LIBROS DE LA COLECCIÓN EN MARTE APARECE TU CABEZA

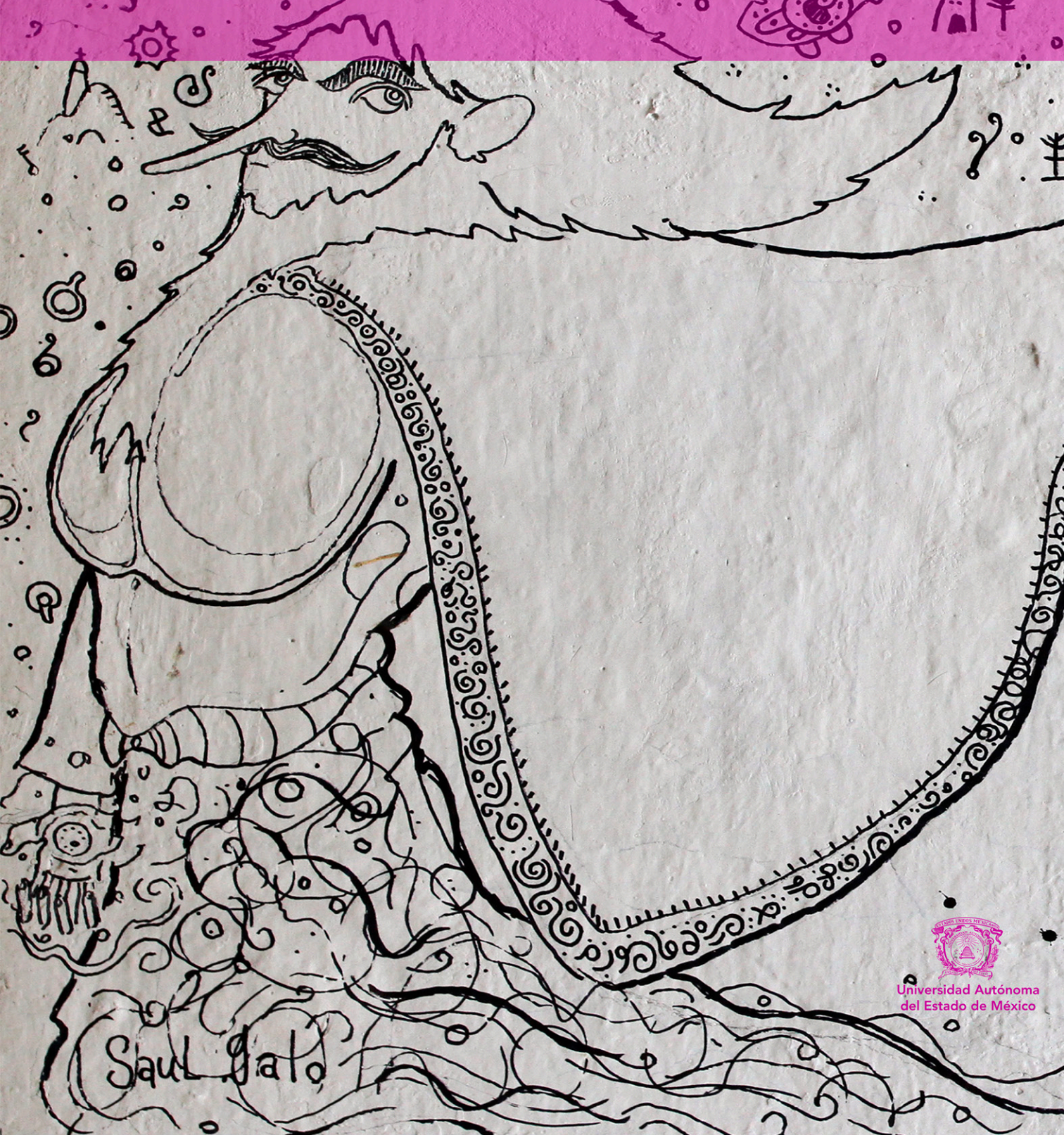
EN GRAFOGRAFXS.UAEMEX.MX

Silver



LEMINSKI • ESTRADA • TENTONI • VARGAS • MANCILLA • SÁNCHEZ  
VITE • HERNÁNDEZ • LOURENÇO • PADILLA • SAUNDERS • ARANA

panthea



Saul Gato



Universidad Autónoma  
del Estado de México